REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII — San José, Costa Rica **1936** Sábado 4 de Julio — Núm. 1

Año XVIII — No. 761

SUMARIO

Retrato.................... *Stefan Zweig*
El centenario de Erasmo.................... *Azorín*
Recado sobre los Tlalocs.................... *Gabriela Mistral*
Sobre Joaquín Edwards Bello y "La Chica del Grillón". *Luis Alberto Sánchez*
Ocaso del servicio doméstico.................... *J. Edwards Bello*
Comentario a la obra de Antonio Llanos.................... *Salvador Molina Andrade*
Nuevos sonetos.................... *Antonio Llanos*
Tres cuentos.................... *Sarah Cabrera*
Sarah Cabrera.................... *Max Jiménez*
Dos llamadas a tiempo.................... *B. Sanín Cano*
Estigarribia enfermo.................... *Lenc*
Cuadro sinóptico....................
Poncios y Panzas.................... *Miguel de Unamuno*

El centenario de Erasmo

Por AZORIN

= De *La Prensa*. Buenos Aires, 18 de agosto de 1935 =

En julio de 1936 se cumplirá el centenario, cuarto centenario, de la muerte de Erasmo. Se escribirá mucho sobre el polígrafo holandés. Tal vez se celebren actos conmemorativos. Holanda conmemorará la fecha seguramente. En toda Europa, puesto que se trata de un gran europeo, la figura de Desiderio será exaltada. Y ya es éste el momento de que nos preguntemos qué es lo que queda de Erasmo. ¿Qué es lo queda de Quevedo? ¿Qué es lo queda de Juan de Valdés? ¿Qué es lo que queda de Juan Luis Vives? ¿Qué es lo que queda de un autor sabio, erudito, versado en lenguas diversas, que ocasionalmente y como al sesgo escribe una obrilla festiva? La figura de Erasmo es altamente simpática. No conoció el gran humorista a sus padres. Pasó los años de la puericia en un convento. Tal vez ese régimen monacal, aun no siendo riguroso, influyó en la norma perdurable de su vida. Lo más cierto es que en su vivir, en sus hábitos, en sus tendencias vitales y sociales no hizo más Erasmo que acomodarse a su complexión fisiológica. No era resistente su organismo. Su cuerpo era feble y padecía flaqueza. Los nervios se sobreponían a los músculos. Toda agitación le fatigaba. Viajó mucho Erasmo. Estuvo en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Suiza. No descansaba en su viajar. Como la abeja solícita y limpia, iba de flor en flor. Libaba, acá y allá, en las bibliotecas, en las tertulias doctas de las grandes capitales, los frutos de Sofía.



Madera de *Emilia Prieto*

Pero en los viajes Erasmo tomaba sus precauciones. Se viaja atropellada y precipitadamente. Y se viaja con calma y lentamente, con despaciosidad. El medio de comunicación es lo de menos. Se puede viajar en automóvil y no ir atropellado. Se puede viajar en coche de caballos y hacerlo locamente. El viaje a lo Erasmo supone lentitud y reflexión. El equipaje se dispone con tiempo. Hacer y deshacer los equipajes — maletas, cofres y mundos — representa tarea más fatigosa que los trabajos de Hércules. Desiderio no se apresura. No se mete tampoco en ningún hotel o posada cualquiera. Inquiere dónde se está con más quietud y dónde la limpieza resplandece. Observa algún biógrafo que los cuidados de la higiene preocupaban a Erasmo. Como todo ser nervioso, sensitivo, Desiderio ama la pulcritud. El estrépito le desasosiega. La ropa sucia le crispa los nervios. Desiderio es pulcro, atildado en su vestimenta y gusta moverse en un ámbito limpio. El gusto por el silencio — indispensable para el trabajo mental — y la fruición de la limpieza exigen vida ordenada y calmosa. El hombre de acción, atento al fin que persigue, no repara en tales matices. Tiene la vista fija en el objetivo ansiado y a él se dirige, en actuación enérgica, batallando, orando declamatoriamente en ágoras y foros, viajando con rapidez e inopidadamente, discutiendo durante horas con calor y fuerza de invectivas. Todo esto, Erasmo, fino, erudito y limpio, lo mira desvaidamente con sus ojuelos de garduña. Entre esto y su vivir media todo un mundo. Pasito a paso, en silencio, con voluptuosidad, sin comprometerse a nada, él va esparciendo por toda Europa sus pensamientos. Esos pensamientos son los de tolerancia, humanidad y paz.

¿Para qué va a hacer él otra cosa? ¿Y cómo podría con su quebradizo organismo resistir la agitación? Y no se trata ya tan sólo del organismo. Metido en la faena, es decir, en los trálagos pasionales, se llegaría a donde se llegara. Desiderio emprendería el camino de la acción y si enfermaba, ¡qué le íbamos a hacer! No es eso, no. Es que con la agitación no se puede pensar. La acción impide la cogitación. Esas sutiles relaciones de las cosas, que él descubre, relaciones insospechadas para los demás, y esas disociaciones que a él se le ocurren, no pueden darse más que en la paz, en el silencio y en un ambiente de limpieza y de dulzura. ¡Lo que él goza en una imprenta, con la pluma en la mano, corrigiendo pruebas, oliendo a tinta fresca, en tanto que las pesadas prensas de mano resuenan con un rítmico tic tac! Lo que no podría nunca sospechar Desiderio es que todos estos infolios que él ha escrito no servirán para nada. No le sobresaltemos. No digamos tanto. Digamos que después de haber sido leídos por los doctos estos sabios infolios, se irán esfumando a lo largo de los siglos. En las bibliotecas eran sacados frecuentemente de los estantes. Las manos que los sacaban mucho al principio, han ido escaseando. Hoy tienen esos libros mucho polvo en sus cantos superiores. No los lee ya nadie. En estas bibliotecas amplias, silenciosas, antiguas bibliotecas de palacios y de monasterios, están quietos los recios tomos de Erasmo. En cambio un día, en la casita campestre que tenía Tomás Moro en los aledaños de Londres, se le ocurrió a Desiderio escribir una obrita ligera. No era nada: regodeos de erudito. Se

trataba de hacer el elogio de la locura. No hablaba Desiderio directamente. La palabra la llevaba la propia locura o estulticia. Siete días tardó Erasmo en escribir éste librillo. Años y años de intenso y penoso trabajo le costaron los sabios infolios. Y en todo el planeta ha quedado vivaz y lozana esta obrilla, en tanto que se abismaban los infolios.

¿Y qué es el "Elogio de la locura"? El "Elogio de la locura" es el salón de los espejos. Penetramos en el salón cubierto de espejos y no sabemos ni lo qué es real ni lo qué es ficto. Hemos perdido la noción de la seriedad. ¿Es serio esto que dice ahora Erasmo? ¿Es irónico? No lo sabemos. Y vamos deambulando por la sala entre las brillantes planicies azogadas. Toda la vida humana pasa por aquí. Desde el más modesto detentador de autoridad hasta el más aupado. No perdona Desiderio a nadie. Y entre las finas e ingeniosas observaciones, sin que acertemos a indignarnos, sin que nos atrevamos a reír, el pensamiento del autor se va deslizando con elegancia ática. Llegamos al final y nos parece haber despertado de un agridulce sueño. Nuestro concepto de la vida es ya otro. Diríase que de un plano bajo hemos ascendido a otro eminente, donde el aire respirable es más sano.

Y eso es lo que queda de Erasmo. Como, en fin de cuentas, de Quevedo quedan sus juguetecs, y de Valdés su "Diálogo de la lengua", y de Vives sus Coloquios encantadores. Quedan también de Erasmo sus "Diálogos", y acaso el "Enquiridión". En España, Desiderio tuvo muchos amigos. Fué éste del erasmismo férvido un momento feliz en la vida española. Se leía a Erasmo con fruición y se le meditaba. Lo que se tradujo en España fué el "Enquiridión". Frente a un concepto formalista y r u d o, vindicativo muchas veces, se ponía este concepto dulce, íntimo y amoroso. La doctrina encantaba a los espíritus selectos. No podía durar mucho este delicioso goce. Pronto, a pesar de las altas protecciones, los libros de Erasmo fueron perseguidos. Sañudos contendores tuvo también en España el filósofo. El foco del erasmismo fué extinguiéndose. Dejó, con todo, una estela. ¿No es el moderno krausismo un rastro secular del erasmismo? ¿No es, como el erasmismo, un ansia de espiritualidad y de imperio de la conciencia? El "Elogio de la locura" no se sabe si fué romanceado. Se habla en algún índice expurgatorio de la prohibición del "Elogio" en latín y en castellano. No se conoce, sin embargo, traducción antigua castellana. Del "Enquiridión" se hicieron varias traducciones. Modernamente ha sido reeditado por el Centro de Estudios Históricos. Del "Elogio de la locura" hay una chirle traducción moderna, y otra purísima de Julio Pujol. Pin y Soler ha hecho otra versión catalana. También Pin y Soler ha puesto en catalán el Compendio erásmico de urbanidad. De Erasmo ha tratado Menéndez Pelayo en sus "Heterodoxos". Adolfo Bonilla tiene un libro, agotado hace años, sobre "Erasmo en España". De Erasmo en España se habla también en el prólogo puesto a la moderna edición del "Enquiridión". Y el mismo Bonilla, en su biografía de Vives, habla asimismo de los erasmistas españoles.

Madrid, 1935

Recado sobre los Tlalocs (1)

Por GABRIELA MISTRAL

= Colaboración. Lisboa, 1936. =

Los Tlalocs eran muchos en la mucha tierra de México. La meseta de Anahuac gozaba de poco riego, a pesar de su nombre; la tierra de Yucatán era más seca todavía, y los Tlalocs húmedos se fueron entonces a ser dioses de esos pueblos. Ellos vivían en las altas montañas sin que faltasen a cerros y a colinas, tomándolos por suyos a causa de que recogen nieves y aguas, las hacen correr por su cuerpo vertical, las reciben y las entregan.

Siguiendo a las aguas los Tlalocs bajaban de las alturas hasta las riberas de los ríos, o se quedaban regodeándose en los lindos lagos del país que llaman Chapala o mientan Patzcuaro; o bien daban el salto al cielo y corrían en las nubes cargados, entrometiéndose arriba con relámpagos y truenos. Era el negocio de los Tlalocs gobernar lluvias y era su cuido repartirlas bien: el mayor de ellos se había casado nada menos que con la diosa del agua, Chalchihuitlicue, "la de traje color jade".

Los Tlalocs no eran ni mozos ni viejos: eran como es el indio. Con su cuerpo de todo tiempo y su vida sin atajo al igual de la meseta, ellos veían nacer un pueblo, aumentarse y parar en ciudad, y miraban a las gentes aprender los oficios y sobre todo, el cultivar el maíz, el algodón y el maguey, que dan el pan de comer, el tejido arropador y la bebida de la calor. Las familias se morían y venían otras pidiendo también la lluvia al Tlaloc, y como no envejecían ni probaban muerte, estaban de buen humor y eran pacientes como la Tierra, madre o hija de ellos.

Gobernaban a los Tlalocs menudos unos cuatro mayores, dueños de los puntos cardinales. El Tlaloc del Norte disponía de su reino y el del Sur de la porción opuesta, y otros dos poderosos eran dueños del punto mágico por donde rompe el sol y del otro por donde él se acaba. El indio miraba cerca o muy lejos, ojeando tierra o cielo; siempre un Tlaloc le hacía señas desde donde fuese y nunca estaban solos, ni los Tlalocs ni los indios.

La tierra guardada de los Tlalocs verdeaba siempre; la meseta olía a hierbas aromáticas; y en el bajío a vainillas y jengibres; o se volvía de pronto loca de fertilidad echando el bosque bravo donde los árboles se abrazan para que no entre nadie, ni el sol, y donde la sombra pone mucho misterio.

El Tlaloc pasaba enfurruñado por la tierra greñuda de hierbas locas o por los maizales amarillos de abandono: el dueño de ella no tenía amor de su Tlaloc; y atravesando tierras muy donosas, peinadas en surcos como cabeza de mujer, el Tlaloc retozaba allí las horas, revolcándose en los pastos y haciendo danza al indio diligente, hijo bueno del Tlaloc.

Los Tlalocs apuraban al cielo si andaban en hacer nubes. Ellos sabían dóndé el suelo se "tomaba" de cal y de gredas, y les mandaba el aguacero que lo afloja dejándolo bueno de abrir y de sembrar.

Los Tlalocs eran sencillotes y alegres y servían bien su oficio de Tlalocs, casi de aguadores. Se cruzaban con el indio cazador, subiendo o bajando el Ajusco, o llevaban la delantera al trotador o le seguían a lo ladino, sin pasarle nunca adelante, y el indio les conocía y no les conocía a la vez.

Ver al Tlaloc, no ocurría siempre; no se le iba a buscar en tal sitio ni a tal hora, ni era cosa de contar con él como con Diego o Juan, a los que se llama y se cita. Mirar el cerro no significaba descubrirlo y tampoco estarse con la vista fija en el lago. El que iba descuidado, echaba la cabeza atrás y de pronto en un montón de nubes, veía la linda risa del Tlaloc; se iba en una balsa, y de una arruga del agua, el Tlaloc guasón levantaba el pecho y caía una lluvia de gotas a la mano. O andando despacito por el propio huerto, en unos matorrales no manoseados, el Tlaloc le silbaba. Daba mucha alegría y traía buena suerte ver al Tlaloc.

Las mujeres tejían algodón o henequín en el Valle de México, mirando en lo alto un Tlaloc muy tapado de nubes. Y a los niños que subían por leña del pino-ocote, el Tlaloc entre cortar y el coger, les echaba, a lo zumbón, una miradita verde por las ramas.

Los venados y los tigrillos corrían por el Tlaloc, su padrecito; los faisanes voladores cortaban el Tlaloc-ocotal a cuchillada roja, subiendo y bajando; los castores y los armadillos vivían en los hoyos y en los túneles del Tlaloc, que por fantasía tiene sus grutas donde deja vivir a las bestiecitas que no quieren nada con el Sol.

En el Anahuac los Tlalocs eran amigos de las serpientes que, al comenzar a llover, salen a averiguar novedades, contentas de respirar aire sin polvo.

Los bien queridos estaban en los templos de Cholula o de Teotihuacán, con sus ojos rodeados de tres rodelas serpentinas y con su aliento de espiral, saliendo de su boca grande; con su cara negra de nube de agua y su vestido pintado en agua verde-azul y en agua azul-verdosa. Más vivos que allí estaban en la selva, donde todo se mueve por el día o la noche, y en los ríos que bajan sin freno. Los "Conócelo-Todo" hasta entraban en las casas de los mexicanos, con las vasijas de agua a ver cómo son las casas de hombre, y el indio por cariño de ellos, los pintaba en la cántara, y al beber se bebía a su Tlaloc de cristal, que se rompe y se queda entero.

Teniendo sus Tlalocs a cada cerro y a cada laguna y río, teniendo además a la mujer "de traje de jade" que espejeaba aquí y allá, contando también a "Siete Serpientes", su hermana, y a otros muchos dioses bien mentados, fuesen vistos o no vistos, la Tierra de México estaba entonces llena de bultos y de camaradas mágicos. Ellos seguían a los sembradores del maíz, del maguey y del algodón, cambiando con ellos los regalos, en un toma y daca, que no se acaba nunca; trocaban algunas veces con el camarada hombrecito unos enojos grandes y rápidos, pero siempre se querían de amor piadoso los indios mexitlis con los dioses mexitlis.

(1) Dioses menores y agrarios de la mitología mexicana.

Sobre Joaquín Edwards Bello y "La Chica del Crillón"

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= Envío del autor. Santiago, Chile, Febrero de 1936 =

Edwards y Bello; dos apellidos predestinados que lo destinaban a la diplomacia permanente y a los Clubs y Hoteles de lujo, cruzólos una neurastenia que no aniquila, sino que exalta, un estado espiritual que el trópico lanza a la revolución, a la asonada, al estupro y al suicidio, y que, en buena cuenta, es la versión vital del romanticismo congénito de América ecuatorial—y así surgió Joaquín Edwards Bello, sin poder desatar ciertas amarras que, a través de su temperamento, se convierten no en áncoras, sino en trampolines para proyectarlo en el espacio y hacerle dar caprichosos volatines. Pero desde luego, sin ser volatinero. Al contrario, Joaquín representa el antivolatín, por su pertinacia y su valentía.

Los dos apellidos influyen de modo permanente en la obra de Joaquín. A veces sojuzgándole, a veces para excitarle a la emancipación, a él que siempre es o trata de ser emancipado. Parco por sajón, locuaz por tropical, a veces, pese a las reglas de Luzán, sáltansele la "agricultura de la zona Tórrida", pero sin la oda del abuelo Bello. En Edwards Bello hay un personaje literario raro en Chile y singular en América. En él, el escritor y el hombre coinciden en forma poco común. Su facundia es la de su estilo, en el que la abundancia nunca es vaguedad. Su monólogo es el de su estilo, en el que monologa, porque nunca siempre él es protagonista de sus obras, sin embargo sus monólogos son algo tan personal que bien podrían ser llamados, con riesgo de ofender al buen sentido— al "buen criterio" —diálogos de una sola persona.

Redes para captar la nube

En su conversación aparece tal cual es en sus escritos. Su anecdotofilia da sabor inconfundible a su charla, y surge, generalizando teorías, en su obra. Contradictorio, a fuerza de querer ser preciso y de no someterse al rasero común, resulta analista en el pormenor que caza, pero, una vez atrapado, no espera más, y salta a la generalización, a la síntesis. Sin espíritu científico, por sobra de temperamento artístico y por superabundancia de vitalidad, su estilo cojea a ratos, pero siempre da la sensación de la pisada de hombre fuerte. Nada hay en él del terso anémico ni del cabal linfático, que no se altera y que ni siquiera suda por no perder la línea, ni la poca vida que se encierra en su cuerpo claudicante. Joaquín Edwards Bello es todo lo contrario. Su rebeldía es signo de su inconformidad, pero nunca aparece como un insatisfecho que mira desde afuera. Está descontento, pero, sin confesarlo, su malestar empieza en sí mismo. Se le podría llamar de muchos modos, aludiendo a su conflicto permanente de aristócrata en pugna con los aristócratas, mas no con la aristocracia. Sería un oligarca, sin la oligarquía vigente. "El Roto", su obra consagradora, es un grito de rebeldía y un anhelo de demostrar que la vida es diversa a la del Club y el Hotel caro. Residente en Santiago, sus fervores son para Valparaíso "ciudad del viento" y del mar. Cuando hay banquetes a escritores, Joaquín no asiste, pero no está ausente nunca, y siempre es cordial. Ello



Joaquín Edwards Bello

no comporta ninguna táctica por su parte: J. E. B. carece de táctica. Es que se da tan enteramente desde el primer instante, sin necesidad de halagar a nadie. Vive en perpetua actualidad, sin buscarla para sí, pero sin perderla de vista para sus temas. Sin embargo, no hay ningún retrato contemporáneo de J. E. B., lo cual, lejos de ser un "sin embargo" es un "como lo demuestra eso". Además, la ausencia de retratos presentes revela su pulcra actitud personal: nada de celestineo literario, confianza en la obra y desconfianza... en los años, que le han respetado por ser muy pocos y regularmente llevados.

Contradicciones conciliadas

Escritor claro y matinal, también es matinal su vida. Se habla de su bohemia, pero lo he visto siempre muy temprano y conoce la madrugada al empezar su día. Bohemio de poco noctambulismo y alegre conventualismo, también en su obra surge pareja contradicción aparente, muy natural en estos tiempos.

Optimista, en medio de su aparente pesimismo; alegre, embozado en acritud, realiza la conciliación de los opuestos que, a primera vista, serían siempre contradicciones. Su conflicto viviente se resuelve en curiosas pero visibles y francas actitudes y pensamientos. Descendiente de Bello, el purista, le defiende; y, alguna vez, en la conversación —de que es campeón,— denosta a Sarmiento, el adversario de Bello, pero, ¿quién más semejante a Sarmiento en la abundancia, en la originalidad y en la arbitrariedad, preñada de observaciones certeras y de polemismo incansable,—que J. E. B.?

Actualidad y evocación

Su culto por la actualidad le empuja fácilmente a la defensa teórica del folletín, y, a ratos, a su práctica levísima. La prisa y la actualidad no tienen otra solución admisible en la literatura que una especie de 'tabloid" de las letras, cuando no se tiene ideas de cierto calado. Y a J. E. B., cuya frivolidad he oído ponderar incesantemente, lo que menos le faltan son las ideas. De puro buscarlas y repensarlas, se contradice. No es de los que tienen un camino fijo, porque es una **sensibilidad** antes que un pensamiento y es un temperamento antes que una ideología. Pero, esa misma **agonía** es la que hace que, a pesar suyo acaso, su obra tenga una curiosa mezcla de humorismo a contrapelo, de folletón aventurero, de ensayo buceador, de periodismo informativo, de **boutade**, de novela, de algo tan personal y tan lleno de vigor, tan imperfecto y tan perfecto, tan superficial y tan hondo, tan empírico y a veces tan bien informado, que la ecuación sólo se resuelve en: obra de J. E. B. De puro ser así, no falta en su obra ni siquiera la evocación: ya asomaba en "El Roto", y se hizo más visible en "El Chileno en Madrid", y se ahondó en "Valparaíso, ciudad del viento", en donde la nota lírica predomina a menudo, y es evocación reiterada en "El Bombardeo de Valparaíso", cuya tesitura es la evocación en sí.

Un optimista de mal humor

Este observador lírico, ese viajero cosmopolita anclado siempre en Chile, siempre en América, más que en Chile, siempre en la vida, posee una cualidad no muy común en la novela americana: su optimismo. En J. E. B. los desenlaces tormentosos vienen de mala gana. Y no es un optimista. Usando un giro de Vasconcelos, habría que hablar del "pesimismo alegre" de J. E. B. Aunque yo preferiría, en realidad, hablar del "optimismo triste" de su estilo. A través de ese optimismo desfila la vida chilena, con perfiles caricaturescos y apasionados, pero con mucho amor. Es un enamorado que no quiere decir su derrota. Es un chileno confeso de antichilenismo, de pura chilenidad. Ataca lo que más ama, lo que más práctica. Es local, pero no lugareño, y hay que fijar las diferencias. Es incorrecto, pero sugerente y redondo como ninguno. Es alegre y es triste. Va al pasado, pero a condición de convertirlo en presente, porque no puede salir de la actualidad. No busca la novela rural, tan frecuente en Chile, sino la citadina, la del problema de hoy. Y así, con estas armas, asoma en "La Chica del Crillón", la recia obra de su madurez, cuyo desenlace atempera la felicidad de Hugo Wast con la pimienta de un humorista, un Oppenheim por ejemplo.

Alguno habrá que suponga que la comparación es denigrante. Creo que Wast representa un género optimista insobornable. J. E. B. huye de la acidez de la novela patética para darnos el drama agridulce de la vida cotidiana. A "La Chica del Crillón" la conozco, la conocemos todos. No he de referir aquí su argumento. Ya sé que habrá de ser narrado, con lujo de detalles y cita de las páginas respectivas, en otras críticas encliticas. Me basta apuntar mi impresión general, a pesar de que el impresionismo en la crítica literaria no es la última palabra aunque siempre es mucho más de hoy que el modo de Valbuena y de Bobadilla. Y que el áspero krausismo.

Vida, siempre vida

Vida, vida siempre desgarrada y desgarradora en "La Chica del Crillón". A J. E. B. no se le escapa ningún flanco de la realidad actual de Chile, de la que se siente un poco intérprete. No es el paisajista que aparece en otros escritores, ni el estilista. Es el novelista del personaje. Del hombre. Alguna vez he de analizar a mi modo la ausencia del **hombre** y la vivencia de la naturaleza en la literatura y la pintura chilena. En J. E. B. no ocurre esto. Al revés: la naturaleza se diluye ante la beligerancia del héroe, del protagonista. Todo es drama humano, y nada más.

Y ahora, "La Chica del Crillón"

En "La Chica del Crillón", "Editorial Ercilla 1935", madura el J. E. B. que asomaba su ademán lírico en "Valparaíso, ciudad de del viento" y el observador punzante que más de una vez surge en "Cap Polonio". Hay quien se pregunta: ¿"La Chica" es más novela que "Criollos en París"? La respuesta es obvia: se trata de una novela diferente. En "Los Criollos en París", todo es acaecer, puro acaecer; en tanto que en "La Chica", el acaecer está subordinado al glosar. "Criollos" tiene un **temp** acelerado, cinematográfico. Los cuadros se sobreponen, más que se yuxtaponen, en tanto que "La Chica", lejos de la vertiginosidad del año 14 parisino, con lentitud indoamericana, se desenvuelve, se desenrosca, es mejor la expresión, con cierta parsimonia. El hecho queda subordinado al comentario, tal cual, en medios de rapidez cosmopolita, lo primero es hacer y después es comentar.

De ahí, precisamente que en "La Chica" haya tanto de sudamericano, hasta en el divagar interminable de esta Teresa que todo lo comenta, lo anota, lo fisga y lo aprovecha.

Retratos al Flou

Una de las características de "La Chica del Crillón" es que los personajes apenas asoman su auténtica figura. Igual pasa con los escenarios. J. E. B. se deleita dejando que adivinemos cómo son sus protagonistas, su presentación corpórea. Le basta decirnos cómo actúan y, sobre todo, cómo reaccionan sicológicamente ante determinadas impresiones cotidianas. En ninguna parte aparece una alusión a la nariz, la boca, los ojos o a las piernas de la Teresa Iturrigorriaga. Tampoco al Salón del Cabaret de Viña ni aún casi al de la Ruleta. Pero, viven Teresa y vive el Cabaret. El formidable retrato de Goyita, el cambalachero, vive y palpita por sus rasgos psíquicos, mas no por los físicos. El realismo de J. E. B. no desciende al naturalismo ni a la pornografía de "composición de lugar". Se basta y le bastece con la insinuación, con el atisbo de una característica esencial. Son retratos al **Flou**. Acaso si la vida misma y el arte de describir moderno sea éste. Y ello lo hace doblemente sugestivo porque, salvo a ciertos estómagos valetudinarios que necesitan el alimento muy cocido y vuelto papilla, permite que el lector haga encuestas consigo mismo y divague.

Una larga conversación y más nada

Si mal no recuerdo es Pierre Abraham quien en un magnífico libro sobre Marcel Prevost, dice que la característica de los 16 volúmenes de "La recherche du temps perdu" es la de un largo mensaje, o memorial a la posteridad. En J. E. B. la característica es otra: una larga conversación, un dilatado palique con alguien que no es él mismo. Porque entonces sería monólogo, pero tampoco es diálogo porque nunca hay otras respuestas que las que él mismo se dicta. En "La Chica del Crillón" aparece concretamente la modalidad indicada. Y no se la oculta el autor. En alguna parte Teresa Iturrigorriaga dice que para ella la conversación es "una necesidad fisiológica". Ahí se delató J. E. B. también para él conversar es una necesidad fisiológica, aunque no siempre siga el consejo de Montaigne, según el cual, conversar es ante todo, saber escuchar.

¿Divagar es novelar?

Sospecho que alguien dirá que en toda novela debe ocurrir algo, y más que eso, ya que siempre que se confronta un pensamiento o una sensibilidad con la realidad, ocurre algo: que debe ocurrir muchas cosas.

En toda obra de J. E. B. se divaga más de lo que se describe. ¿Novela? Y ¿todo lo que se divaga en "El retrato del artista adolescente" de Joyce, o en la obra entera de Proust, o en, pongamos por caso, "Risa negra" de Sherwood Anderson, y aun en "Don Segundo Sombra" de Guiraldes? El "22 de agosto" de Nathan Ash es puro divagar a lo "Ulises". Y así hasta lo infinito.

Relatan, sólo relatan, los cortos de imaginación o los superficiales de sensibilidad y hondura, sin que, por cierto, sea de mérito narrar bien, como por ejemplo un Pereda, nombre que hará rabiar a los francófilos.

Por otro lado, la gran imaginación alerta que siempre acecha—y hasta traiciona a J. E. B.—salta en ésta "Chica" en todas las páginas. Pocas veces, salvo en "Valparaíso, ciudad del viento" la comparación, camino de metáfora, ha sido tan feliz en J. E. B. Y así se aligera el paso y se rompe el ritmo de un realismo que ha adquirido alas.

Periodismo, Folletón, pero novela

Puesto a hallar reparos—y, claro, que los hay por lo precipitadamente que construye J. E. B. y por el ímpetu vital que pone en todo lo que produce—, cabría aludir al gusto por lo folletinesco que, a menudo, le caracteriza. Por ejemplo: la donación miracular de la Celestina a Teresa; las ganancias fantásticas en la Ruleta; la generosidad con Gastón; el encuentro con Ortega. Pero, ello no es sino prisa del periodista que mezcla acaecimientos a fantasías, y que no pierde el humor humano de sorprender a los demás. Los puros hechos y el mucho divagar explica el folletón, pero le dan categoría diversa. De puro **ocurrir** cosas resulta unos "Misterios de París", cuando no hay tiempo para contemplar. Pero, de puro perderse en el laberinto de las propias fantasías, se encuentra uno en callejones sin salida, con el ansia de encontrar una puerta de escape que surge como un **Deux ex Machina,** y ahí de la folletonada.

Pero, también hay otras explicaciones. La donación a la Teresa adquiere sentido punitivo. J. E. B. quiere humillar a esa oligarca venida a menos, y a su calaña, enriqueciéndola a fuerza de dineros mal venidos, aunque las accionistas del capital aquel leyeran libros cándidos e instasen a la lectura de "El sitio de la Rochela", en vez de las gimnasias equívocas de la señora Rubilar. Y hay tantas Rubilares sin donación y con ruleta!...

Madurez: esencia de novelista

Habrá muchos, acaso, que añoren a "El Roto", porque la clase social expuesta en "La Chica del Crillón" no tiene lectores tan objetivos. Sin embargo, la sátira no es de un revolucionario, insisto en ello. J. E. B. es un indignado, más cerca del Apocalipsis que de Juvenal, y antes propicio a León Bloy que a... Lafargue, pongamos por caso. No teoriza sino provisionalmente y sobre cada hecho. En eso se parece a la jurisprudencia criolla que se aparta de los principios inmutables del derecho puro. Joaquín Edwards Bello es un poco así: teorizador de lo cotidiano, que se rectifica cotidianamente. Pero, ya con una plenitud y permanente calado de madurez. En una magnífica iniciación otoñal, J. E. B. luce su madurez inquieta. En eso, su otoño, como el de la naturaleza, se parece también a la primavera: transición entre dos tiempos determinados, pero rumbo hacia el tiempo perdurable.

Cojan los jóvenes este consejo de Erasmo casi al final de su *Enquiridión o Manual del Caballero Cristiano*, edición de Dámaso Alonso, Madrid, 1932:

> En lo demás, doquiera que tú hallares tan buenas personas que en su vida y conversación sean un traslado de Jesu-Cristo, con aquellos tales júntate; y cuando así no sintieres hombres cuya conversación te haga mejor y sea para tu aprovechamiento, el remedio es apartarte de otras comunicaciones lo mejor que pudieres, y tomar en tu compañía los santos profetas y apóstoles, para entenderte con ellos, y al mismo Jesu-Cristo, y con San Pablo te encomiendo yo mucho tengas grande amistad, leyéndole y ejercitándote en su doctrina. A éste debes traer siempre en el seno, que de noche ni de día no se te caiga de la mano, y, aun si pudiere ser, que le sepas de coro.

Ocaso del servicio doméstico

Por J. EDWARDS BELLO

= Envío del autor. Santiago de Chile =



Donde la personalidad ajena vino ancha

Madera de Laporte

El espíritu de la servidumbre doméstica está muriendo y desaparecerá lo mismo que desapareció la esclavitud en el siglo pasado, quedando solamente cuerpos de camareros y cocineros muy bien rentados, a menos que...

En efecto, una empleada doméstica moderna, tomando el ejemplo más corriente, tiene mayores y crecientes ambiciones; ve ejemplos constantes de parientas o compañeras que se encumbran de manera rápida en empleos públicos, en oficinas o pequeños negocios; por esta causa se hace cada vez más difícil contentarla.

La experiencia nos ha mostrado en corto espacio de tiempo una creciente inestabilidad en el servicio doméstico, proveniente de las inquietudes y de las ambiciones apuntadas.

Las caricaturas publicadas en periódicos festivos de todas partes, dicen que existe lucha sin cuartel entre amos y criados. Se han sublevado, y este estado insurreccional tiende a darles la victoria primeramente en las naciones más ricas, como Estados Unidos, Inglaterra o Argentina. En estos países el nivel de la servidumbre y sus ínfulas han subido en forma extraordinaria. Un buen criado yanqui, lo mismo que una cocinera, ganan cien dólares, tienen auto a la puerta y se dedican de manera exclusiva a su especialidad, no dejándose imponer tareas extra de ninguna clase. Si uno dijera al portero de una casa que limpiara los vidrios, éste iría a llamar a un negro para que lo hiciera, pasando la cuenta en seguida.

En días de calor excesivo, la cocinera dirá a su patrona que no podrá hacerle guisos calientes, sino fríos, para evitar la excesiva transpiración. El caballero norteamericano rico ha aceptado estas pequeñas tiranías, lo mismo que se dejó dominar por las mujeres, controvirtiendo el orden tradicional que heredó de sus abuelos europeos, lo cual asombra a un Paul Morand e indigna a un Keyserling.

No es raro que muchos diplomáticos de ese país, cuando no comerciantes, que vivieron en Chile, se lleven de vuelta criadas o criados chilenos, por su baratura y su abnegación.

Nuestra América es todavía una productora de excelentes servidores domésticos, que nos dan renombre entre los turistas. En algunas repúblicas, como Colombia, Venezuela y Ecuador, la revolución en el servicio lleva un andar lento, lo cual quiere decir, desde un punto de vista de rico, que hay sirvientes excelentes. En Ecuador, como en la antigua Rusia, la servidumbre recibe comida aparte, compuesta de un solo plato, la **mazamorra**. En el campo, — y esto ocurría en Chile antiguamente, — los sirvientes se descubrían delante de los patrones, saludando "su mercé".

La primera condición para que haya criados de estilo antiguo es de que se produzcan seres inferiores, por medio de menor instrucción, de menores emociones y menor alimentación. Así se formó la antigua casta secundaria, que fué cuidadosamente cultivada por el régimen pasado. En la actualidad, los sirvientes domésticos comen el mismo alimento que los patrones y a este respecto voy a contar el siguiente caso:

Estaba veraneando en un fundo del Sur, cuando llegaron a "las casas" dos gañanes del campo, o inquilinos; eran unos muchachos secos, de rostros enjutos y terrosos. En las casas, para el servicio de las piezas y del comedor, había dos muchachones robustos, de buenos colores. De pronto ví que esos cuatro muchachos se tuteaban familiarmente y se hacían preguntas respecto a sus padres y demás parentela. Eran hermanos. Pregunté al patrón que cómo podían ser hermanos, siendo que se notaban entre ellos tan marcadas diferencias corporales, y me respondió: "Es que éstos (aludiendo a los de casa) han comido nuestra propia comida, y los otros la comida de los peones". He aquí, pues, la manera cómo se habían formado ya, dos castas, físicamente diferenciadas, en el corto espacio de unos años.

Es muy importante notar que en el sirviente antiguo la vida cerebral apenas despuntaba; tenía un ajetreo nervioso menor que el de ahora; su existencia, de origen casi siempre campestre, había transcurrido en la calma y la monotonía. La gente así criada, de escasa vida cerebral y de febles emociones, está casi virgen y se presta maravillosamente para obedecer, por cuanto no crea impresiones ni ideas, sino que las recibe hechas en su mente más dura y difícil para impresionarse. En el universo moderno, por la nivelación fiscal de la enseñanza, por los placeres, asimismo nivelados, como la lectura, el cine, el baile, el deporte, es muy difícil encontrar sirvientes abnegados y de escasas pretensiones. Por eso aún es difícil decir "sirviente" y este término, en nuestra tierra de vanidades verbales, se ha transformado en "empleado", y a la cocinera se le dice: "señora de la cocina". Muy tonto parece esto, pero sirve para revelar un estado social. En los Estados Unidos, democracia típica moderna, el ocaso de la servidumbre es un hecho cuyos síntomas podrán apreciarse progresivamente en otros países que imiten su estructura o se le parezcan por una u otra razón. En primer lugar, en Estados Unidos casi no hay sirvientes de raza blanca, norteamericanos.

La servidumbre es muy cara y mala. El yanqui no ha sabido tener criados. En Francia, durante y después de la guerra, la burguesía temblaba cuando le llegaban vecinos norteamericanos, porque es fama que echan a perder el servicio, pagando demás, sin norma ni estilo. Esto mismo podemos palparlo nosotros los que vivimos en Santiago, en el barrio de Providencia, que es de los turistas y funcionarios yanquis. He conocido un magnate, pagado por la **Cosach**, que asignaba 500 pesos a su cocinera y 500 a su jardinero. Inútil parece decir que las patronas chilenas se desesperaban.

En vista de las dificultades y engorros del servicio doméstico, el yanqui mediano procura servirse automáticamente en cuanto puede. Las casas modernas no tienen cocina ni comedor, sino **Kitchenette y dining alcove.** Alguna pequeña familia manejará tres autos, pero carecerá de cocinera. El norteamericano supo unir a los Estados disímiles aún más distanciados que nuestras Repúblicas, por raza e idioma; pero fué incapaz de crear una base matrimonial y un cuerpo de servidumbre. Meduseado por los negocios y las enormes expectativas, olvidó la cimentación del hogar, que reside en el respeto de la esposa por el marido, en el sentimiento de la superioridad masculina y la sumisión del elemento de servicio. Y así tenemos que un diplomático de esa nación poderosa buscará una criada rumana, irlandesa o chilena para el cuidado de sus hijos. En New York, esos augustos millonarios, rodeados de obras de arte suntuosas, se ven obligados a tomar criadas exóticas para que les cuiden sus maravillas y saquen de paseo a sus herederos.

Estos son, en suma, síntomas del caos universal, por cuanto nos quedaríamos perplejos si nos preguntaran quiénes tienen la razón: si nuestros abuelos, al permitir la formación de una casta de seres inferiores, o nosotros, dando a los humildes una instrucción vastísima y un alimento parecido al nuestro. Nótese que los mejores criados están siempre en las regiones donde mayor es el analfabetismo.

No solamente es recomendable al criado ignorante, sino casi indispensable, por cuanto pocos se atreverían a mandarle limpiar escupideras a un mozo lector de Nietzsche y capaz de discutir sobre las teorías freudianas.

Comentario a la obra de Antonio Llanos

Por SALVADOR MOLINA ANDRADE

= *Envío del autor*. Quito, Ecuador. 1934 =

La poesía de Antonio Llanos es la interpretación mística del universo. Es un poeta místico como Francis Jammes porque ha sido solicitado profundamente por las cosas bellas que integran la vida. Ha penetrado en el oculto sentido de la naturaleza y allí ha leído en el misterio. Es místico y no religioso. Esta misma razón excluye de su poesía la sensualidad.

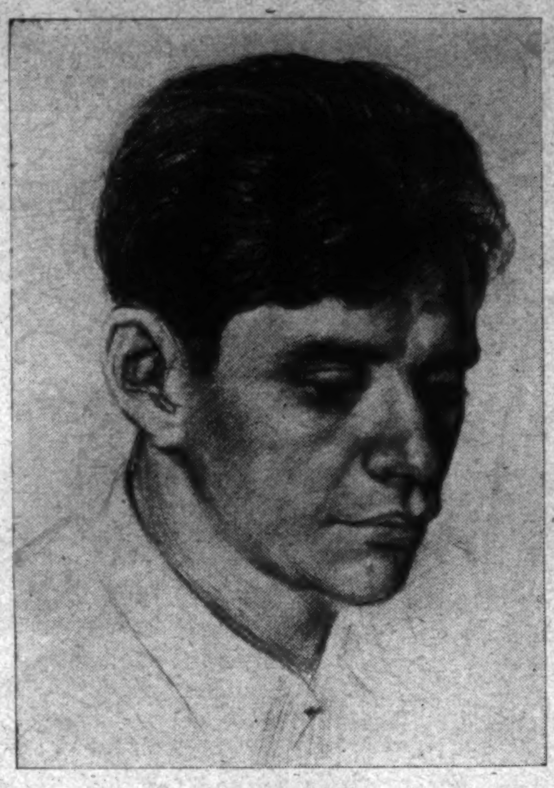
Francis Jammes tiene para nosotros una singular manera de enfocar el universo. La mañanita azul, las legumbres, las grullas, el aguador que va arrastrando por los caminos su fresca mercancía, todas esas cosas humildes, dichas en versos ásperos, han dado a esa poesía un sabor dulce de oración. Es ese el sentido místico de la vida. En el poeta colombiano ocurre lo mismo, pero realizado en otra forma de expresión. Tal vez complica demasiado el sentimiento, mas al fondo de él existe, igualmente, la voz mística profunda y sincera.

Viene su obra, al menos entre el medio poético de nuestra América, a humanizar el misticismo. La significación más trascendental de ella es esta misma humanización, que degrada la visión iluminada y extática de los místicos a términos de razón y al nivel del dolor universal humano. Antonio Llanos no se pierde en las cumbres, creadas por el sol increado, donde sólo se oye la respiración de Dios; camina por las veredas tortuosas de lo terrenal, mientras su espíritu se consume en una constante aspiración de dicha. De ahí resulta aquel raro equilibrio de su obra, tan sorprendente por su complejidad y por el ritmo sereno con que las opuestas tendencias se conjugan y armonizan en ella.

Algunos de sus sonetos, publicados en "El Comercio", nos han parecido de una gracia suprema en la expresión literaria. Escoge las palabras, las cincela, las pulimenta, las acopla, las hincha de sentido, las ordena y da gracia, con el dominio y responsabilidad con que el pintor escoge los colores para determinar su pensamiento. Naturalmente que esta responsabilidad de trabajo no le resta fuerza a la misma emoción poética. Antes la mejora y embellece.

Todos sus versos están encauzados y animados dentro de una atmósfera fuertemente lírica. Pero su lirismo no es aquel sentimiento que confía a pasajeras angustias, la angustia inconmovible del poeta. Trátase de un sentimiento desgarrador, metido en su corazón que al desbordarse en la poesía se serena y repliega para que en el cantar sólo asomen las hondas melancolías de la existencia.

Ha logrado una dura perfección del verso, es decir, un acuerdo entre la intención inmediata del poema y los vocablos escogidos para la representación de las ideas. Y, lo sorprendente en Llanos es la facultad de transfiguración lírica, su capacidad para desenvolver dentro de las formas clásicas del verso la imagen, audaz, coloreada, moderna. Ni los más avanzados capitanes de la poesía moderna, entre los cuales contamos a nuestro Carrera Andrade, podrán tacharlo de poeta de ritmo antiguo y sin elasticidad. Todas las metáforas suyas responden al pensamiento de Ortega y Gasset: "son el álgebra superior de la poesía".



Antonio Llanos
Cabeza de *Jesús María Espinosa*

Varios matices preponderantes hemos descubierto en su obra. Sobre todo la falta de elocuencia, la adversión al patetismo. El grito ha sido reemplazado por un tono melancólico que rebasa las fuentes de la más recóndita vaguedad. Esta falta de precisión en sus ideas poéticas, que la consideramos nacida en su temperamento, le da a su poesía cierto aire de distinción y de encanto. Por eso diluye en disgresiones íntimas la imagen.

Hemos dicho que permanece anclado en las viejas formas literarias. No ha roto, como lo hicieron otros ilusamente, la antigua estructura verbal. Sin embargo, hay novedad y gusto rítmico en sus versos, que es lo esencial.

Otras faces de significación artística relampaguean en su obra. Quizá la más subida es su conciencia estética. En consonancia con ella su soneto desecha toda rima barroca, de relleno y solamente ajusta su temática emocional a la verdad lírica. En esa jerarquía de pureza intelectual se conserva su verso y obtiene la limpidez y la sobriedad exquisitas, dones inapreciables de su poesía. Sanín Cano, comentador de letras hispanas, nos ha dado una visión exacta de este poeta, amigo nuestro y, sin duda alguna, uno de los más nuevos poetas de Colombia.

Nuevos sonetos de Antonio Llanos

= *Envío del autor*. Cali, Colombia. =

Era en el mar de Grecia

A Darío

Para sus flautas cortan los niños el ramaje
que asombra la ribera del verso. La armonía
del mar canta en las olas su azul epifanía
y el Angelus asciende de la mies al paisaje.

Discurre entre las velas, fugitivo, el celaje
y hondo hervor de topacios fulge en la lejanía;
arde el sol en el limpio metal de la bahía
y enciende de las jarcias el móvil varillaje.

En el cristal del éter la gaviota dibuja
albos signos, y el oro moribundo del monte
baña de las palmeras la cimbradora aguja.

Vienes del mar de Grecia, sereno, joven, fuerte,
mas al pasar tu nave se nubla el horizonte
porque viaja en la proa, taciturna, la Muerte.

Canto a Virgilio

A Alfonso Reyes

Como lámpara tenue de marfil tu diseño
trasluce los fulgores de recóndita llama;
sutil y dulce el sistro del otoño derrama
sobre el valle de ónix apagado beleño.

Süave mirto en torno de las sienes, risueño,
el temblor de ceniza de tus noches inflama;
los estaños solares en la muerta retama
de tu báculo fulgen. Nada arruga tu ceño.

En tu flauta de ébano, rumora oculto el día
quemado por el fuego de tu canción nocturna.
Leve cantar de mástiles saluda la bahía.

Solo, bajo la noche, los luceros por toca,
el Florentino erige la frente taciturna
adivinando el alba sobre el haz de tu roca.

Ruego a Francis Jammes

Oh señor, Francis Jammes, mi corazón vacila
en medio de la urbe confiada y turbulenta,
el latir de la sangre mi mocedad violenta
y humedece el profundo cristal de mi pupila.

Dame tu paz geórgica y en la noche tranquila
con su vasto silencio mi espíritu alimenta,
con la flauta apacible de tu voz apacienta
mis canciones que ignoran el gemir de la esquila.

(Pasa a la pág. 11)

Tres cuentos de Sarah Cabrera

=Envío de la autora. La Habana.=

1.—*El hijo*

Con una sonrisa estúpida, pegada siempre a su boca de hembra buena y humilde, se contemplaba el vientre cada día más deforme. Lo acariciaba con las manos tiznadas de carbón y encallecidas, con un gesto tímido, como si robara, con los mismos gestos que tenía para todo en su absoluto y completo respeto al hombre de la casa, que ni aun en lo más íntimo fuera nunca "su hombre". Y en sus ojos, humedecidos por la ternura y el humo acre, bailaba una alegría amable que se extendía a las paredes oscurecidas y a los muebles escasos.

Poco a poco se fué haciendo más silenciosa y huraña. También lentamente se le infiltró el sentimiento nuevo de la posesión y derecho sobre algo, sobre el vientre que le pesaba al andar. Recelosa huía de las miradas del hombre y a su huída se mezclaba cierta hostilidad. Sus brutalidades y golpes, indiferentemente aceptados como inherentes a su condición de macho, le eran inaguantables ahora que la pequeña vida se iba haciendo en ella y de ella misma. Un orgullo desconocido le vestía su atávica desnudez de pensamientos.

—

Junto a la puerta del bohío un perro escarbaba la tierra roja y fangosa por largos días de lluvia, pertinaz, desvastadora de la cosecha. Sus patas peludas y duras, habituadas a todos los caminos, hicieron rebotar la tierra hasta los pies de Juan María.

—Animal, ¡mal rayo te parta!—y con la tranca de la puerta le atestó un bárbaro golpe en la cabeza.

Quizás en otras circunstancias no lo hubiera hecho, pero la cosecha perdida y la barriga amenazadora de Julia, que hacía pensar en próximas preocupaciones, contribuían a exasperarle. Cómo si todavía no se reventara lo suficiente contra aquella tierra estéril y maldita, contra aquella desolación de hambre y vacío: un hijo.

El perro lanzó un aullido largo, quejumbroso, que reventó contra los oídos de la mujer que al fondo de la casa desgranaba, con ademanes de autómata, mazorcas amarillas en las que los granos tiernos de maíz figuraban trocitos apretados de aquel sol mortecino y mojado.

Se irguió, sacudió la falda pringosa y rodeando la casa se acercó al perro echado y las patas agitadas por un temblor profundo. Sin alterar en nada sus facciones le observó. No tenía costumbres de caricias y sólo en sus ojos hubo un resplandor dulce para la cabeza deshecha. Después, sin más, miró a Juan María, fijamente, con ganas de golpearlo, la cobardía le dulcificó las manos tensas, pero la boca se abrió.

—¡Eres bruto y cobarde!—dijo con gesto indiferente, lejano.

A él la sorpresa le calmó los ímpetus. Reponiéndose, con una sonrisa mala en la boca babosa de tabaco mascado, le escupió rabioso:

—Anda, perra, que a ti y a esa barriga, que en mala hora paras, haré igual—la apretó por los hombros huesudos.—¡Otro a comer de mí! ¡Por la boca lo habrías de echar!

—Déjame, cobarde, que si no sirves más que "pa" eso. No eres hombre "pa" pegarle a otro, si llevas pantalones de equivocación.



Sarah Cabrera

Sarah Cabrera

Si el árbol, si el ave, si el mar, tienen sencillez, Sarah es como el árbol, como el ave, como el mar.

El cubano, no pertenece a la América Latina, es superior a nosotros; su dignidad para sobrellevar los pequeños cuidados de que habló Rubén, es única. Jamás quejas por la pobreza; la adversidad en la Habana—y creo yo que solamente en la Habana—tiene la cara sonriente.

Sarah Cabrera, nada le pide a la vida, creo que nada espera de la vida. Acepta los buenos ratos como los malos, con la misma resignación. La misma sonrisa, ese maravilloso dejar pasar, tolerar, resistir de las mujeres.

Mujeres vencidas por la vida, que jamás serán vencidas. Y que cualquier día, se les entrega la vida como perra cariñosa.

Sarah ha aprendido de la adversidad, le ha andado el espíritu más rápido que los años, es muy joven.

Sarah es linda, no con esa belleza de niñas bobas, de casas bien, señoritas bien. Su interés lo ha sacado de las renunciaciones. Las gentes tienen interés solamente cuando el espíritu es el escultor de la carne. Su esposo, mi amigo el admirable perseguidor de belleza, Carlos Fernández, encontró ética y estética en su gentil compañera.

Sarah escribe así, porque sí, con todo el desenfado de su persona, con la simplicidad que la vida dura obliga a ver las cosas.

Bien podría yo hablar de un pescador que le fuera indiferente que en su anzuelo se colgara un pez, y que lo mismo le diera volver a su casa con el cesto vacío, que con peces dando tumbos.

Yo tengo por Sarah admiración y profunda simpatía.

Max Jiménez

Costa Rica y julio de 1936.

—¿Cobarde?—la golpeó fuerte en la boca, con un goce de malsana alegría.

—¡Bruto! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

—Cállate—la voz enronquecida rebotó su aliento contra la cara magullada a golpes, con una fuerza ardiente que la excitaba.

—¡Cobarde!

Durante un rato, sin moverse entre las manos que la dañaban, le siguió tirando insultos a la cara.

—

Desde ese día se ahondaron las distancias. El hombre colgó una hamaca en la cocina y la mujer quedó sola en la cama que hasta entonces fuera el único lazo entre ambos. En las noches se la oía gemir y moverse. La inquietud le iba dejando cada vez más vacías las mejillas pálidas. Con unos pensamientos confusos y aterradores que la martirizaban. En las horas inacabables recorría pequeños incidentes. La vaca con la nueva cría y sus ojos grandes, tiernos. Juan María, con la boca torcida, golpeándola. Después el perro, le volvía a ver, tieso, rígido, con los ojos insistentemente abiertos y los dientes amarillos sujetando un trozo de lengua negra. Y de repente lo veía moverse y ponerle sobre las piernas la cabezota sangrante, después llevándolo a cuestas hasta una esquina del platanal donde cavó un hoyo. Y el olor la volvía a descomponer en náuseas.

Y entre las yaguas carcomidas, arrastrándose sobre el techo, escondiéndose en los rincones, **aquello**, lo ignorado, lo impreciso en las mentes oculto traicionero, tomaba posesión de las cosas y los dos seres unidos tan sólo por **aquello**, quedaban en vela, desconfiados. Sintiéndolo mover y recorrerle las manos, las piernas. Viscoso y frío. Malo y atrayente.

—

Se llenaba la tarde de sombras oscuras y espesas que gravitaban junto al farol.

Tirada en la cama, con un interminable quejido de animal herido, la mujer se debatía contra los dolores agudos que la despedazaban. Una especie de estupor le abría los grandes ojos y sus manos se agarraban a los bordes de la cama con un esfuerzo que le amorataba las yemas de los dedos.

De pronto un grito fuerte y otro débil se oyeron al unísono. Juan María, con sus manos torpes cogió la pequeña criatura, blanda y húmeda y se encaminó a la puerta.

Las aguas del río se revolvían sucias bajo un haz de rayos lunares impertérritamente blancos. La crecida arrastraba troncos y objetos que entrechocaban con un rumor sordo.

Una figura alta y sombría se recortó sobre la blancura del camino, silencioso en su sueño. Tras ella otra sombra, desnuda de ropas y los senos hinchados, le corría al alcance, muda y resuelta, a su vez le seguía los pasos una línea roja.

El río subía furioso como una bestia vapuleada. El puentecillo endeble que se bañaba en las aguas turbias, crugió bajo el peso del hombre inclinado. Dulce y tímido gemido salió de la criatura. Una voltereta en el aire y se perdió en las aguas. Al hombre desconcertado el ruido de otro cuerpo cayendo tras el primero, lo sacó de aquella sensación de

soledad en la que le parecía que también sus venas se vaciaban en la corriente. Miró atento, sobre la blancura manchada de despojos que seguían pasando, vió los senos repletos y el vientre combado que flotaban río abajo.

La línea roja le marcó sus pasos hasta la casa.

2.—*En el camino*

Los senos le colgaban flácidos y escurridos, marcándoseles por debajo de la blusa sucia y rota. En las mejillas descarnadas, con remedos de payaso, dos manchas rojas contrastaban con la palidez de la frente y las manos.

El sol caía, con la fuerza de una mala intención, sobre la tierra desnuda y polvorienta. De trecho en trecho algunas estancias ostentaban trozos cubiertos por matas secas. Era una vasta desolación caliente y áspera. El cielo había mantenido durante meses una claridad molesta. Las cosechas se perdieron. Perros esqueléticos y hambrientos olisqueaban a la puerta de bohíos ajenos. Framboyanes desnudos retorcían sus gajos prietos en fantásticos gestos asombrados.

Eran cinco leguas de camino. Tenía andas unas dos y el estómago ayunado le dolía terriblemente. Pero una fuerza grandiosa o simplemente maternal la sostenía. Sus pies lastimados chocaban contra los terrones recalentados. No pensaba en nada. La llevaba un impulso de vida que destruía los recuerdos. El marido muriendo días antes con unos convulsivos vómitos de sangre, con los ojos inyectados y las manos sudorosas, se perdía en el olvido ante la vida pequeña y acurrucada entre sus brazos flacos.

Aquella era la estancia del compadre Pedro, éste se hallaba apoyado en la cerca medio derrumbada.

—Buenas, compadre.

—¿Qué hubo, comay? ¿Pa ónde va?

—Al batey, p'l Ingenio. A pedir.

—¡Al Ingenio!—le sorprendió la audacia de Teresa.—¿A quién va a pedir que le dé?

—¡Vea! A los americanos. Me ha dicho Ismael que ellos siempre tienen.

—Tienen pero no pa dar—se le enciende de rabia la boca—vea, las dos últimas gallinas buenas que me quedaban las llevé y una de esas americanas me mandó pagar 25 kilos. Y le dije que tenía la mujer mala y eso de que ni haiga pa medecinas... "¡Ah! Pues si quiere las deja y si nó, lléveselas". ¿Qué iba a remediar? Las dejé.

—Bueno, compadre, yo voy alante.

—Abur, comadre, ¡y suerte!

El Ingenio. La simple palabra conmovía las entrañas de la mujer. Allí había gente. Americanos—era casi sabor de comida decir: Americanos.—Iría, de puerta en puerta, pidiendo. Algo le darían. Le sonreía a los ojos la visión de un gran jarro de leche fresca y blanca. ¡Ah! Si la vaca no se hubiera muerto, el pobre niño no se prendería, con aquella avidez dolorosa, al mísero pezón enteco.

La mujer suspiró. Las grandes chimeneas del Ingenio se distinguían a lo lejos entre la nebulosa del humo. Una locomotora rugía acercándose majestuosamente con su larga cola imperial de carros cargados de cañas dulces. Desde el camino, junto a la línea, Teresa la miró pasar. Aquellas cañas apiladas eran el sudor, la sangre de todos los trabajadores—de los negros resistentes, de los guajiros pálidos y anémicos—era la vida de los campos, de los oprimidos, que la gran boca del monstruo de acero iba chupando.

La noche, conquistador atrevido e insolente, se acercaba a zancadas por sobre la angustia de la mujer. El niño se quejaba débilmente. Era una queja dulce y triste que contrastaba con el chirriar agudo de los grillos. El caminar pesado y tardo de Teresa fué cobrando ánimos al ritmo de la queja inacabable, terminando en una carrera desenfrenada. El aire le batía los largos cabellos y ella seguía, bajo la oscuridad, cómo un hálito más de la noche.

Las piernas le vacilaron. De pronto sintió como si dos fuertes manos tiraran de ella hacia abajo. Todo el negror de la noche se le metió en los ojos. El canto de una piedra le abrió un hueco en la frente. La queja del niño se ahogó contra el peso del pecho cubriéndole la cara.

—

Por el trillo la punta roja de un cigarro avanzaba envuelta en la sombra. Al paso de la cabalgadura, sueltas las riendas del famélico penco, el haitiano José iba camino del barracón. El cuerpo caído asustó al caballo.

—¡Cochina bestia!

Se apeó. La luna, farol campesino, alumbró apenas el femenino rostro, extrañamente blanco. La criatura rodó de los brazos, sin un gemido, ya los había dado todos.

José miraba la cara que tenía, entre la noche, un misterioso atractivo. Una blanca. No importa quien. Una mujer. Las aletas de la nariz se le abrieron voluptuosamente al aspirar el olor de mujer. El hombre sació su lujuria de macho en abstinencia. Brutalmente.

La sangre coagulada, llena de hormigas, se le pegó a la cara. Hormigas, en todas partes los terribles insectos. De los ojos, de la boca, de los oídos, la cara de la mujer estaba cubierta de hormigas voraces. Bajo el resplandor débil de un fósforo, que le temblaba en la mano, miró al niño: era un montón sanguinolento con dos agujeros negros en los ojos comidos.

Satisfecho su deseo el terror le apretó la garganta. El miedo se le convirtió en una saliva pegajosa que no podía tragar. Sintió deseos de aullar como un perro.

Volvió sobre su montura. El loco galopar hacía restallar los cascos, produciendo pequeñas chispas, contra el camino.

A lo lejos, en el barracón, su hamaca se mecía a la brisa.

y 3.—*Iniciación*

Mario era de cuerpo moreno y esbelto con quince años ansiosos y expectantes, además, se había enamorado de una mujer pálida e inquieta y sufría. Su alegría adolescente se cubría de una espesa timidez frente a la mujer. Eran balbuceos torpes y un sudar las manos frías cuando ella, con la dulzura de su feminidad turbadora, le cogía la cara y le besaba en las mejillas limpias de signos masculinos, entonces, las audacias pensadas en sus noches de insomnios se le agarraban dentro del pecho y luego una rabia sorda, contra su propia cobardía, le hacía insultarse: "¡Marica! ¡Idiota!"

—Mario, Catalina te envía a buscar.

La madre, inocentemente estúpida, siempre con las preocupaciones de la criada, compotas, zurcidos y la cara fosca del marido gruñón, no veía la luminosidad en la mirada de su hijo — ¡tan niño! — al nombre: Catalina. El muchacho lo repetía para adentro, separando las sílabas: Ca-ta-li-na, y en la boca abierta por las aes sonoras se le metía la frescura del mundo.

Iba radiante. Ella lo llamaba. Sus gruesos zapatones pisaban fuertemente en la acera con despreocupada seguridad. Con el dedo en el timbre vaciló. Alisó sus cabellos. Se encolerizó al sentir que temblaban.

—Entra, Mario.

Al muchacho le sorprendió Catalina. Era la suya una expresión extraña, íntima y honda, que lo conmovió. La bata negra se abría y dejaba ver la blancura de los hombros. Los senos le saltaban libres e insolentes.

—Quiero que me ayudes, te necesito, Mario.

Ella sentía el poder oscuro y cierto que tenía sobre el muchacho. Su histeria se contraía voluptuosamente con aquella pasión impotente, aquella pasión cándida le sacudía los sentimientos maternales y los deseos imprecisos de gustar y atraer.

—Necesito de ti —su voz era blanda y se enroscaba a la garganta del niño con suavidad terrible y una dominación que le hacía callarse en inconsciente entrega total.

—Tengo que salir ahora...—vaciló Catalina—. Pero ves, no que Julián se interponga, ¡son tan celosos los maridos!

Reía. Se animaba ante la atención de Mario. Y una especie de nerviosa exaltación llena de gracia la movía. Le tenía ambas manos sobre los hombros y lo untaba de su perfume.

—Salimos los dos juntos. Y después... después vienes a comer aquí con nosotros, **conmigo**, —sentía la necesidad de explicarse más y sabía que su fuerza sobre él lo callaría—. Tú no se lo dirás a nadie. Julián está un poco tonto en estos días y no quiero que hoy se oponga a mi salida. ¡Y cómo tú eres tan niño!

Mario la miraba embriagado. La voz, como una música, lo adormecía sin comprender las palabras. Se daba cuenta de que ella necesitaba de él. Y lo invadía una sensación de importancia. Sólo la palabra niño le molestó. ¡Qué pidiera, allí estaba él para hacerlo!

—

Había estado dando vueltas, como le indicara, hasta las seis. Después con el paso vivo llegó. A los pocos minutos la vió salir de aquella casa desconocida. Sin saber, sin haber pensado nada le apretó las sienes una angustia amarga. Ella se le colgó del brazo, la sintió laxa, con la boca sangrante en la cara de una palidez enfermiza y con un brillo inusitado en los ojos. No quería comprender. De repente todo se le hacía hostil. Pensaba en el marido y en lo **otro**, con novedad de celos confusos y locos. La dulzura enronquecida de la voz le conmovía los sentimientos más íntimos en un torrente desbordado de dolores. La vió volverse y saludar con la mano al hombre que disimulaba, y

tan dura se le hizo su angustia que ella la sintió entre ambos.

—¡Niño!

Caminaron sin hablarse. Las cuadras iban pasando por debajo de los pies, desesperadamente largas.

Al llegar a la casa el marido junto a la mujer le resultó otro novedad dolorosa. Ya no era aquel Julián que se reía a carcajadas y manoteaba discutiendo con él: era un hombre.

—Me ha acompañado durante la tarde con toda formalidad. Lo tengo loco a fuerza de tiendas...

Se fué. Caminó por las calles sin verlas. Atontado. La oscuridad huía de las luces como una inmensa mariposa asustada. Le dañaba el bullicio y se escurrió por un callejón mal oliente y estrecho. Le golpeaba dentro de la cabeza la palabra: **¡Niño!** ¡Cómo le apretaba el pecho! Y en los ojos una humedad cochina le insistía: ¡Niño! Cada vez más oscura se le estaba haciendo la noche. Tenía toda la cara mojada.

Cansado se sentó en el quicio de una puerta entreabierta. Le repugnaba la llegada a su casa, las miradas de siempre frente a su cara nueva. Una voz aguardentosa lo increpó.

—Entra, ¡so bruto!

Sin darse cuenta pasó. Una pequeña habitación con las paredes empapeladas de santos llenos de llagas y corazones sangrantes y una ancha cama lo sorprendieron. Lo bañó una luz roja y chocante. Una mujer en pie, con el vestido largo y escotado que le ceñía las carnes opulentas lo miraba y reía:

—¡Si es un recién nacido! —gritó escandalosamente.

A Mario los ojos cargados de carbón negro junto a las manchas rojas del colorete le fueron repulsivos. Un diente de oro le brilló cerca de su cara. Toda ella respiraba una baja y fogosa lujuria excitada.

—¡Es un niño de teta! —vociferaba histéricamente, borracha.

Ante los ojos empañados de Mario la boca grande y provocativa de la mujer se agrandó monstruosamente hasta comerle, desaparecerle todo y no ver más que aquel inmenso agujero que lo atraía.

Por el callejón, de regreso, Mario alzaba la cabeza con orgulloso gesto despectivo.

Había perdido su alma de quince años.

Nuevos sonetos de...

(Viene de la pág. 8)

Anhelo tus manzanas, tu sol, tu pipa, el vaso
que recoge en el fondo la lumbre del ocaso,
la mesa en donde aún tu puesto está vacío.

Y si en la tarde mística sobre los campos
llueve,
conversar con la abeja, con la flor, con la nieve
y acordar con los céfiros el sollozo del río.

Estela de Francis Jammes

Como tú, Francis Jammes, yo cantaré las cosas
sencillas: la palmera, la grulla, la manzana;
me prestará sus linos azules la mañana
y alabaré en silencio la bondad de las rosas.

Escucharé en el campo las flautas misteriosas
del viento y de la abeja; la voz dulce y lejana
del grillo. Y en las noches al abrir la ventana
contaré los luceros y las sendas borrosas.

Toda la miel del campo gustaré en un durazno
y nacerá en mis ojos una lágrima inerte
cuando cifre la dócil mansedumbre del asno.

Habrá un rumor humilde tras de mi oscura
estela
y en paz con el abismo nocturno de la muerte
al arribar al puerto no cambiaré de vela.

Antífona

A José Asunción Silva

Amaba él en las flautas el ritmo decadente,
el instante del alba que conoce la estrella
y el leve arrobo lírico de la vida que sella
el cofre de los sueños bajo la luz muriente.

Remota lumbre en oro bruñíale la frente
como esa llama antigua que en los bronces
destella;
dijérase que al soplo de su voz una huella
de alondras evocara a Keats, el dulce ausente.

En la dorada Atenas de tardes voluptuosas
veía junta al tedio una doncella muda
que en el valle del ángelus deshojaba unas
rosas.

Y al hundirse en la suave blancura del en-
sueño
que limitan las voces de la piedra desnuda,
amortiguó la noche su arrobador diseño.

En campos de Provensa

A Federico Mistral

Ha venido de lejos dulce y triste la hermana
vestida de holán blanco, y olorosa a jacinto;
trae en los ojos húmedos el resplandor ex-
tinto
de la noche en el pueblo de la fácil mañana.

El sol dora en los huertos la piel de la man-
zana,
y los gorriones urden con briznas su recinto
en la copa del árbol. En el gris laberinto
de las primeras sombras se hunde la ventana.

Aquí, bajo la seda rumorosa del techo
de la parra, adivino la canción de su vida.
Para tanta dulzura el mundo será estrecho.

En la hebra de plata del lucero naciente
escala el infinito la lumbre de mi egida
y la mies del crepúsculo se recoge en mi
frente.

En alabanza de Keats

Muerto en Roma, 1821

En opóleo de rosas tu canción se perfuma,
oh flautista de Jonia que restauras mi anhelo!
Tu voz de ritmos puros exalta mi desvelo
fugado, en áureo giro, de tu ciudad de bruma.

Llegue hasta ti, dorada, de mi canción la es-
puma
cual la ola de trinos que se mueve en el chelo.
Bajo el azul de plomo de tu cansado cielo
en tu siringa Atenas su leve canto suma.

Suspende el sol sus llamas y en cálices dor-
midos
el agua de la sombra discurre gemebunda
para calmar la fiebre que exalta tus sentidos.

Breve temblor de alas en el espacio asoma
y erigen siete montes en la tarde profunda
tus huesos que iluminan el corazón de Roma.

Elogio sacro

A Gilberto Garrido

Lumbre de plata virgen quema tu sien. Ful-
gura
el ojo gris de buitre. Hacia el espacio el cuello
para cantar levantas como el senil camello
que oye la voz errante de la cisterna pura.

Oso del verso invicto! Ya treparás la altura,
ardido en las canículas el erizado vello;
en la pupila inmóvil refulgirá el destello
que coronó de llamas tu recia vestidura.

Cuando se doble al hacha del tiempo tu ca-
beza,
en el silente mármol aún el torso erguido,
devolverá a tus sueños su brillo la Belleza.

En el confín remoto clavado el ojo ciego
verás iluminado en tu sombra el olvido
como en su trompa de oro lo vió el divino
griego.

Dos llamadas a tiempo

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá Junio de 1936 =

A Colombia se las hacen, pero a Costa Rica también le convendría escucharlas.
(N. de la R.)

En dos piezas políticas de intención diversa pero de un sentido moral convergente ha señalado la prensa de esta semana dos graves tropiezos que hallarán todas las administraciones mientras no se reforme entre nosotros el sistema de provisión de empleos en las funciones administrativas. "El Espectador" del 1º, con la precisión y la entereza de que hace uso por carácter y por tradiciones, escribe que aspira a ver las mayorías de su partido en los parlamentos, asambleas y municipales, partiendo naturalmente del supuesto de que ese partido es la mayoría en la nación. Extiende su razonamiento a la necesidad de que en otras actividades como la enseñanza de ciertas materias en las universidades y colegios superiores; en la administración de justicia y en algunas labores de los ministerios haya un personal en que predomine el elemento político más de acuerdo con las ideas del gobierno. Esta es la ocurrencia general y según parece inevitable en muchos países dignamente organizados y de cultura antigua y respetable.

Pretender sin embargo, añade el diario nombrado, que, en establecimientos como los hospitales, verbigracia, en la construcción de caminos, en la higiene de las ciudades y otros servicios, todo el personal de funcionarios y empleados pertenezca a un solo partido es falsear el principio democrático y provocar reacciones de carácter malsano. No se puede negar que hay todavía naciones civilizadas donde al grito del "botín para los vencedores" se llevan a cabo las votaciones para presidentes y gobernadores; pero allí mismo, en los ramos más elevados del poder judicial y en los empleados menores de los ministerios se hace caso omiso de las opiniones políticas de los favorecidos. La llamada de "El Espectador" es oportuna y valiente.

Por su parte "El Tiempo" de ayer señala con igual independencia y patriotismo los defectos de la educación colombiana a los cuales se debe de un lado que la mayor parte de los habitantes del país desconozcan casi en absoluto las posibilidades, los recursos, las comarcas explotables de la patria, los productos que constituyen su riqueza y las oportunidades que el suelo y el subsuelo le ofrecen a la actividad humana, y de otro que vegeten en la inacción muchos jóvenes provistos de títulos universitarios, de doctores en leyes principalmente.

Las anomalías señaladas en los artículos a que nos hemos referido tienen un mismo origen y podrían ser corregidas talvez con una drástica medida, solicitada en vano hace mucho tiempo y con reiterada frecuencia en las columnas de este diario por escritores de variadas tendencias. Mientras no se establezcan las carreras administrativas por medio de leyes inequívocas y bien meditadas, tendremos siempre la lucha entre las exigencias desordenadas de los partidos de gobierno y las aspiraciones a la equidad. Es humano y en apariencia excusable que un funcionario de alta posición y variadas atribuciones, a cuyo cargo esté la provisión de muchos empleos, se incline a favorecer a los hombres de sus ideas o, si no las tiene, de sus sentimientos políticos.

Abundan entre nosotros los abogados sin empleo, entre otras razones porque hay muchas facultades de derecho, porque la carrera es menos ardua que la del ingeniero o médico, y porque para instalarse como jurisconsulto se requieren menos gastos que para entrar en las carreras de la medicina y la ingeniería. Además el abogado, por su conocimiento del derecho y de las leyes positivas es el individuo cuya profesión le acerca más a las funciones de gobierno, a las legislativas especialmente. Las cámaras se componen siempre y regularmente de abogados en sus grandes mayorías.

Los jóvenes sin fortuna, entregados a los estudios universitarios, no han menester razonar muy tortuosamente para decirse que con la carrera de abogado pueden llegar mediante valederos a las asambleas o a las cámaras, donde logran hacerse conocer brevemente y en beneficio de la carrera a que le han dedicado sus talentos. El sistema parlamentario ha venido a ser entre nosotros una industria de no mezquinos rendimientos. Los universitarios y sus padres, acaso no se crean responsables de que el sistema democrático haya llegado entre nosotros a esa deplorable transformación y por lo tanto no se imaginan que la carrera de abogado ofrece las oportunidades de explotar con provecho y sin desdoro el régimen parlamentario.

La abundancia de abogados sin clientela no sería un gravamen para la república ni causa de individuales quebrantos, si existiese la ley de carreras administrativas y si los estudios no fuesen tan deficientes como lo ha señalado en estas mismas columnas un sagaz escritor absolutamente desinteresado. Una cultura general apenas mediana, que formase parte del equipo intelectual exigido por la ley para recibir título de abogado, pondría a los favorecidos con tal diploma en capacidad de ser útiles a la república en otras actividades. En un país nuevo, medio desconocido, rico en oportunidades naturales, mil personas apenas someramente instruídas en cosas de la naturaleza serían absorbidas con rapidez por la industria, el comercio, los transportes, la agricultura, la enseñanza.

En 1885 todos los profesores graduados en las escuelas normales del radicalismo, quedaron cesantes, unos por el origen de sus títulos y otros por sus ideas. A los diez años otras actividades habían llamado a los cesantes que se llamaban José María Núñez Uricoechea, César Castro, Monroy, Gómez, etc. Sólo que en ese tiempo la preparación del pedagogo era más completa, más cercana a las cosas patrias y más cuidadosa.

Estigarribia enfermo

= *Envío del autor*. Bogotá, Mayo 11 de 1936 =

El cable nos trae la noticia de que el general Estigarribia se halla gravemente enfermo. Contrajo en la cárcel, en donde actualmente se encuentra, una aguda bronco-neumonía, que puede entregarlo a la muerte. Sin miedo puede verla llegar el taciturno, porque en los terribles campos de batalla la acostumbró a sus lances. Acaso en esta ocasión no se preocupe de esquivarla y hasta desee doblar el cuello, para que pueda realizar más fácilmente su tarea silenciosa la fúnebre guadaña.



¿Quién ha podido olvidar al hombre enérgico, de voluntad vasca, pródigo en acciones y parco en palabras, que hizo gustar a sus tropas el sabor de la victoria? Fué allá, en las selvas rumorosas y arteras, de asechanzas continuas de los elementos, frente al enemigo, a quien le disputaba la posesión del Chaco. El Paraguay se había revelado a la altura de aquellas tradiciones espartanas en que el amor de la patria llegó hasta la crueldad, en que los hombres, y especialmente el mandatario, el enigmático y severo Francisco Solano López, hicieron realidad tremenda el verso de nuestro poeta, de que la madre misma, y "cuanto Dios en su bondad nos dé", deben sacrificarse en sus aras.

Al frente de esos paraguayos indomables estaba Estigarribia. Educado en Europa, adoptó la táctica aprendida a las necesidades del salvaje escenario. Y derrotado o victorioso, su ánimo continuaba siendo la columna de luz para el ejército. Era magnánimo y era denodado. Era incansable. Parecía envuelto en la bandera de su patria. En dondequiera que él se presentara estaban los colores amados, como una invitación al arrojo, como una excitación a la batalla. Defendía el honor nativo, el patrio solar, los que creía derechos del Paraguay, todo lo que el hombre ama.

No vamos a decir si era el Paraguay o era Bolivia quien tenía la razón. Como suramericanos, ligados por ideales vínculos a los dos

heroicos pueblos, nosotros no teníamos otro anhelo que el de la reconciliación, el de la paz, el de que no continuara en las selvas tenebrosas la hórrida matanza. Pero sentíamos admiración por los héroes y reconocíamos que Peñaranda en Bolivia y Estigarribia en el Paraguay cumplían magníficamente con su deber y eran ambos acreedores a la admiración de América.

Pero he aquí que, sellada la paz, estalla la revolución en Asunción, y un soldado de fortuna se apodera del mando. Depuesto el viejo presidente Ayala, el joven y ambicioso capitán Franco ocupa su lugar. Promete una constitución de tipo comunista. Halaga los bajos instintos de las multitudes. Sorprende al héroe dormido y lo sepulta en la cárcel. A Colón le pagaron con cadenas el descubrimiento de un mundo. A Estigarribia le paga su patria la defensa y el triunfo con la ignominia de la prisión, en donde ha encontrado la enfermedad y en donde es posible que lo encuentre la muerte.

Pobre gran soldado, silencioso y estoico, tan grande en el infortunio como en la hora de las aclamaciones, traicionado por los suyos, desconocido y afrentado, reducido a la última extremidad, castigado por bueno y castigado por digno! Una llamarada sale de la prisión. Es la gloria que crece, que ilumina al soldado, que le da al héroe la aureola del mártir. Pero qué mancha, aceitosa, repugnante, indeleble, la que se extenderá sobre ese pueblo, animoso y gallardo, que es el Paraguay, si el salvador de ayer llega a morir cautivo! ¡Y qué rabiosa reacción la que justicieramente provocará en ese evento la caída de Franco!

Lenc

(L. E. Nieto Caballero)

Cuadro sinóptico

de los principales traductores en castellano de obras griegas, o sea plan de una biblioteca escogida de autores griegos, vertidos en lengua castellana.

El príncipe de Viana:
: *Las Eticas*, de Aristóteles, impresas juntamente con

Anónimo:
: *La Economía y La Política*, del mismo, 1509.

Alfonso de Palencia:
: *Vidas de ilustres varones griegos y romanos*, de Plutarco (con seis más apócrifas, 1491-1508-1793).
: *La guerra de los judíos, contra Apion*, ambas de Josefo, 1492.
: Todas las obras de Josefo (?)

Fernán Pérez de Oliva:
: *La Electra*, de Sófocles, y la *Hécuba*, de Eurípides, impresas por Morales, con las demás obras de Oliva, Córdoba, 1585, por Sedano, en 1772, y reimpresas con todas las obras, Madrid, 1787.

Juan Boscán:
: La fábula de *Leandro y Hero* (paráfrasis). de Museo. Ob. de Boscan, 1543, etc.
: Una tragedia de Eurípides, en verso castellano, se ha perdido.

Diego Gracián:
: Las *Obras Morales*, de Plutarco, 1542-1571.
: *Los apotegmas*, de Plutarco, 1533.
: De Jenofonte, *Ciropedia*, *Anabase*, *Hipárquico*, *Hípico*, *Agesilao*, *Repùblica de los lacedemonios*. *Cinegético*, 1552-1781.
: *La Historia*, de Tucídides. *Las Helénicas*, de Jenofonte, (?) 1564.
: Oración de Isócrates *A Nicocles II*, 1570.
: *De la enseñanza del príncipe*, de Dion Crisóstomo, 1570.
: *De Onosandro platónico, sobre estrategia*, 1566.
: Reglas de Agapeto, diácono, ms.

Diego de Salazar
: *Las guerras civiles de los romanos*, de Apiano, 1536.

Andrés Laguna:
: *Materia médica y venenos* de Dioscórides, 1566-1586-1636.

Juan Jaraba:
: El *Icaro-Menipo*, y otras cosas, de Luciano, 1546.
: La *Tabla*, de Cebes, con los Apotegmas de Erasmo, 1549.
: *Historia de las yerbas y plantas*, de Dioscórides, 1557.

Fr. Luis de León:
: Una onda de Píndaro y un fragmento de Eurípides, Ob. de León, *Bib. de A.A. españoles*, t. XXXVII.

Fernando Pérez de Jerez:
: La *Historia* de Herodiano, 1542.

Pedro Simón de Abril:
: Las *Fábulas* de Esopo, 1575-1647-1759.
: El *Pluto*, de Aristófanes.
: La *Medea*, de Eurípides, 1599.
: Algunos *Diálogos* de Luciano.
: *Oraciones* de Demóstenes contra Esquines y de Esquines contra Demóstenes.
: *Ejercicios de Retórica*, de Aftonio.
: *El Georgias y el Cratilo*, de Platón.
: Sentencias de varios autores griegos, *Tabla de Cebes*, 1586.
: Las *Eticas*, de Aristóteles, o Moral a Nicómaco, ms.
: La *República* (Política), de Aristóteles, 1584
: Dos *Sermones* de San Juan Crisóstomo y dos de San Basilio, siendo a más autor de una *Gramática griega* en castellano, 1586-1587, etc, y de una *Comparación de la lengua latina con la griega*.

Rodrigo Zamorano:
: *Elementos de matemáticas puras*, de Euclides, 1576.

Fr. Juan de la Cruz:
: *Historia elesiástica tripartita*, de Eusebio, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, 1541.

Juan de Castro Salinas:
: Ocho *vidas*, de Plutarco, 1562.
: La Historia, de Tucídides. (ms.).

Fr. Luis de Granada:
: *La Escala*, de San Juan Climaco, 1565-1612.

El Brocense:
: El *Manual*, de Epicteto, 1600-1612-...1776.

Francisco de Encinas:
: El *Nuevo Testamento*, 1543.
: Algunas *vidas*, de Plutarco, 1551.

Juan Perez
: El *Nuevo Testamento*, 1556.

Cipriano de Valera
: La Biblia, 1602-...1870.

Gonzalo Correas
: *Manual*, de Epikteto y *Tabla* de Kebes, con una *Ortografía nueva*, 1630, y autor de una *Gramática trilingüe*, en castellano, 1627.

D. Francisco de Quevedo
: *Anacreón* caetellano, 1609 (ms.), 1794.
: *Epicteto y Focilides* (en verso), 1635-1770
: *Leucipa y Clitofon*, de Aquiles Tacio, (per).

Pedro de Valencia
: Un diálogo *sobre la calumnia*, de Luciano, manuscrito,
: Oración del *Retiramiento*, de Dion, publicada por Mayans, 1730...
: Las *ocho homilías*, de San Macario, ms.
: *Discurso de guerra y estado*, entresacado de Demóstenes, ms.

Vicente Mariner y Alagon
: La *Vida de Alejandro M.*, de Arriano, ms.
: La *Lógica*, de Aristóteles, 1626 (ms.)
: La Filosofía de Aristóteles. *Las Auscultaciones; del cielo; de la generación y corrupción; los Meteorológicos; el mundo; del alma; del sentido y de la cosa sensible; de la memoria y reminiscencia; de la divinación por el sueño; del movimiento de los animales; de la longitud y brevedad de la vida; de la juventud y de la senectud y de la vida y la muerte; de la respiración; del progreso de los animales; del espíritu.*
: *La Historia de los animales; sus partes; sus causas y la generación de ellosk*, 1630 (ms.)
: La *Retórica*; *La Retórica a Alejandro y la Poética*, 1630 (ms.)

Fernando Mena
: Teágenes y Cariclea, de Heliodoro, 1615.

D. Diego de Agreda y Vargas:
: *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, 1617.

Dn. Esteban M. de Villegas:
: *Anacreonte* y fragmentos de *Alfeo y Juliano etiópico*. *Los boyeros cantores*, de Teócrito, 1617-1797.
: El *Demonacte* y algunos dichos de Luciano.

Dn. Alfonso Ordoñez das Seijas:
: La Poética, de Aristóteles, 1626-1778.

José Semah Arias:
: *Respuesta contra Apion*, de Josefo, 1687.

Luis Carducci.
: *Elementos geométricos*, de Euclides, 1637.

El P. Kresa:
: *Elementos de Euclides*, impresos juntamente con

P. Andrés Tacquet:
: Algunos *teoremas*, de Arquímedes, 1689.

D. Pedro Rodríguez de Campomanes:
: El *periplo*, de Hannon, 1756.

D. Ignacio Luzan:
: Dos *odas*, de Anacreonte y dos de Safo.
: *Parnaso*, de Sedano, t. IV, 1770.
: *Hero y Leandro*, de Museo. *Avisos a Demónico*, de Isócrates.

D. Ignacio García de San Antonio:
: *El rapto de Elena*, de Coluto, 1770.

D. Andrés Piquer:
: *Obras selectas*, de Hipócrates, 1757-70.

El P. Scio:
: La *Santa Biblia*; 1791-3, etc. etc.
: *El Sacerdocio*, de San Juan Crisóstomo, 1773-...1776-1863.

D. Jacinto Dias de Miranda:
: *Las Reflexiones*, de M. Aurelio, 1785.

(Concluirá en la entrega próxima).

Retrato...

(Viene de la pág 2)

consigo, como una concha de caracol, molesta y frágil. Erasmo, durante toda su vida, sufrió de la inestabilidad de su salud, pues lo que la Naturaleza le había negado en músculos estaba substituído por una superabundancia de nervios. Siempre, ya desde muy joven, sufre de neurastenia y quizás, hipocondríacamente, de una hipersensibilidad de sus órganos; demasiado angosta y llena de agujeros es la cubierta protectora que la Naturaleza ha tendido sobre su salud; siempre queda, en cualquier lugar, un sitio desguarnecido y sensible. Ya es el estómago el que marra, ya el reumatismo le desgarra los miembros, ya le atormenta el mal de piedra, ya le aprieta la gota con sus malignas tenazas; todo soplo agudo de aire actúa sobre su sensibilidad excesiva, como el frío en una muela picada, y sus cartas constituyen un continuo informe de enfermedades. Ningún clima le conviene por completo; se queja de calor, se pone melancólico con la niebla, aborrece el viento, se hiela con el frío más leve; pero, por otra parte, no soporta el calor de las estufas de cerámica, toda exhalación de un aire impuro le produce malestar y dolores de cabeza. En vano se envuelve siempre en pieles y gruesas vestiduras: no es suficiente para lograr el calor normal del cuerpo; a diario necesita vino de Borgoña para mantener en circulación su medio dormida sangre. Pero con que el vino tenga sólo un indicio de avinagramiento se anuncian ya en sus entrañas señales de alarma. Apasionadamente aficionado a una comida bien guisada, excelente discípulo de Epicuro, Erasmo tiene un miedo indecible a los malos alimentos, pues con una carne echada a perder se le rebela el estómago y ya el simple olor del pescado le aprieta la garganta. Esta sensibilidad le obliga a mimarse con exceso, la cultura llega a ser para él una necesidad: Erasmo sólo puede llevar sobre su cuerpo tejidos finos y de abrigo, sólo puede dormir en camas limpias, sobre su mesa de trabajo tienen que arder los más caros cirios en lugar de las usuales teas fuliginosas. Cada viaje se convierte, por ello, en una desagradable aventura y los informes del eterno viajero sobre los entonces aun muy atrasados mesones alemanes constituyen, en la historia de la cultura, un insubstituíble y regocijado catálogo de imprecaciones y riesgos. A diario, en Basilea, da un gran rodeo para llegar a su morada a fin de evitar un callejón especialmente maloliente, pues toda forma de hediondez, ruido, inmundicia, humo, y, en el terreno espiritual, de brutalidad y tumulto, provoca, en su sensibilidad, un mortal tormento para el alma; una vez, en Roma, como sus amigos lo llevaran a una corrida de toros, declaró, con repugnancia, que "no encuentra ningún placer en aquellos sangrientos juegos, restos de la barbarie"; su íntima delicadeza sufre con toda forma de incultura. Desesperadamente, busca este solitario higienista, en medio de una edad de horrible descuido corporal, en aquel mundo bárbaro, la misma limpieza que él, como artista y escritor, pone en su estilo y en su trabajo; su organismo, nervioso y moderno, se adelantó en varios siglos a las necesidades culturales de sus contemporáneos, groseros de huesos y de piel, con nervios de acero. Pero el temor de sus temores es el de la peste, que entonces se trasladaba mortíferamente de país en país. Apenas oye que la epidemia negra ha aparecido a cien leguas de distancia de donde él se encuentra, un escalofrío le recorre las espaldas, al instante levanta el campo y huye con gran pánico, indiferente a si el emperador le llama a su consejo, y no le tientan las más seductoras ofertas: ver su cuerpo cubierto de lepra, úlceras o bichos, le degradaría ante sí mismo. Este miedo exagerado de todas las enfermedades no lo denegó nunca Erasmo, y, como honrado vecino del mundo terrenal, no se avergüenza lo más mínimo de confesar que "tiembla ante el solo nombre de la muerte". Pues como todo aquel a quien le gusta trabajar y tiene por importante su trabajo, no quiere ser víctima de un azar torpe y necio, de un estúpido contagio, y, precisamente porque como buen conocedor de sí mismo sabe mejor que nadie cuál es la innata debilidad de su cuerpo y lo que amenaza especialmente a sus nervios, se trata con miramientos y ahorra todo lo que puede, con angustiosa economía, las fuerzas de su sensible cuerpecillo. Evita los banquetes excesivamente regalones, presta cuidadosa atención a la limpieza y buena preparación de los alimentos, huye las tentaciones de Venus, y, ante todo, siente temor de Marte, el dios de la guerra. Cuanto más, al envejecer, le oprime la miseria corporal, tanto más consciente se hace su método de vida, en una permanente lucha en retirada, para salvar lo poco de tranquilidad, seguridad y aislamiento que necesita para el único placer de su vida, el trabajo. Y sólo gracias a estas precauciones higiénicas, a esta visible resignación, logró Erasmo el hecho inverosímil de arrastrar el frágil vehículo de su cuerpo, a través del más bárbaro y horroroso de todos los tiempos, hasta la edad de setenta años, y conservar lo único que en esta existencia era verdaderamente importante para él: la claridad de su mirada y la intangibilidad de su libertad interna.

Con tal temor en los nervios y tal hipersensibilidad en los órganos del cuerpo, se llega difícilmente a ser un héroe; de modo inevitable, el carácter tiene que reflejar este inseguiro **habitus** corporal. El que este hombrecillo tan delicado y frágil, en medio de las rudas fuerzas naturales del Renacimiento y de la Reforma, servía poco para director de masas, lo muestra una ojeada a su retrato espiritual. "En ninguna parte tiene un rasgo sobresaliente de osadía", expone Lavater al juzgar su semblante, y lo mismo puede decirse del carácter de Erasmo. Este hombre sin temperamento no estaba bastante desarrollado para un auténtico combate; Erasmo sólo puede defenderse a la manera de esos animalitos que, al estar en peligro, se fingen muertos o cambian de color; pero, lo que prefiere, en caso de tumulto, es retirarse a su concha de caracol, a su cuarto de trabajo: sólo detrás del muro de sus libros se siente íntimamente seguro. Observar a Erasmo en momentos decisivos es casi penoso; pues, en cuanto la situación llega a ser más y más aguda, se desliza rápidamente fuera de la zona peligrosa; se cubre la retirada, para huir de toda expresión categórica, con unas no comprometedoras frases de "acaso", "en cuanto"; vacila entre un sí y un no; desconcierta a sus amigos y enoja a sus enemigos, y, quien contara con él como aliado, se sentiría burlado del modo más lamentable. Porque Erasmo, como inconmovible solitario, no quiere guardar fidelidad a nadie sino a sí mismo. Aborrece instintivamente toda especie de resolución porque crea compromisos, y probablemente el Dante, tan apasionado amador, lo habría arrojado, a causa de su flojera, a aquella antesala del infierno de los "neutrales", con aquellos ángeles que tampoco quisieron tomar partido en la lucha entre Dios y Lucifer,

> *"quel cattivo coro*
> *Debli angeli che non furon rebelli*
> *Ne'fur fedeli a Dio, ma per se foro."*

En todas partes donde se exige abnegación y plena responsabilidad, échase atrás Erasmo, retirándose en la fría concha de caracol de la neutralidad; por ninguna idea de este mundo ni por ninguna convicción se habría encontrado dispuesto jamás a poner la cabeza en el tajo del verdugo como mártir. Pero esta debilidad de carácter, conocida por toda la época, nadie la sabía mejor como el propio Erasmo. Confesaba voluntariamente que su cuerpo y su alma no contenían nada de aquella materia con la cual la Naturaleza forma a los mártires; pero, para su posición en la vida, había hecho suya la escala de valores de Platón, según la cual la justicia y la tolerancia son las primeras virtudes del hombre y sólo en segundo lugar aparece el valor. El valor de Erasmo mostróse del modo más alto en poseer la sinceridad de no avergonzarse de esta falta de valor (por lo demás, una forma muy rara de honradez en todos los tiempos), y como una vez se le reprochara groseramente esta falta de valentía combativa, respondió, fino y sonriente, con esta frase soberana: "Ese sería un duro reproche si fue-

ra yo un soldado suizo mercenario. Pero soy un hombre de letras y necesito de tranquilidad para mi trabajo".

Elemento en el cual confiar en este hombre, en el cual tan poco podía confiarse, no había más que uno: el cerebro, infatigable y siempre trabajando con toda regularidad, como si formara un cuerpo especial, más allá de su débil organismo. Este no conocía ninguna hostilidad, ninguna fatiga, ninguna vacilación, ninguna incertidumbre; desde sus años más tempranos hasta la hora de su muerte, actuó con idéntica fuerza, clara y luminosa. Siendo, por su carne y su sangre, un débil hipocondríaco, era Erasmo un gigante en el trabajo. Apenas necesitaba más que tres o cuatro horas de sueño para su cuerpecillo—¡ay, lo gastaba tan poco!,—en las restante veinte horas, estaba en incesante actividad, escribiendo, leyendo, discutiendo, comparando textos, corrigiendo. Escribe en sus viajes, en el traqueteante carruaje; en toda posada la mesa se convierte al instante en pupitre de trabajo. Estar en vigilia significa para él lo mismo que estar entregado a su actividad de escritor, y el estilógrafo es hasta cierto punto como un sexto dedo de su mano. Atrincherado tras sus libros y papeles, observa con celosa curiosidad, como por una cámara obscura, todos los acontecimientos; ningún progreso de las ciencias, ninguna invención, ningún libelo, ningún suceso político, escápase a su mirada acechadora; sabe todo lo que ocurre en la redondez del mundo por medio de sus libros y epístolas. El que esta transmisión se efectuara casi exclusivamente por medio de la palabra manuscrita e impresa, y el que en Erasmo el cambio de substancia con la realidad se verificara solamente por vía cerebral, ha acarreado, ciertamente, rasgos de academicismo, cierta abstracta frialdad, a las obras de Erasmo; lo mismo que su cuerpo, también a la mayor parte de sus escritos les falta pleno jugo y sensualidad. Sólo con los ojos del cerebro, no con todos sus órganos, vivos y absorbentes, apodérase del mundo este ser humano, pero esta su curiosidad, su afán de saber, abarca todas las esferas. Movible como un reflector, derrama su luz sobre todos los problemas de la vida y los ilumina con una penetración constante y despiadada; es un aparato de pensar totalmente moderno, de una precisión insuperable y magnífica amplitud y alcance. Apenas algún campo de la actividad de su tiempo quedóse sin iluminar por él; en todo el territorio del pensamiento es un precursor e iniciador de posteriores y más amplios trabajos, este espíritu estimulante, inquieto, vagabundo, y que, sin embargo, siempre apunta claramente hacia el blanco. Pues Erasmo poseía un instinto de zahorí totalmente mágico; en todo lugar por donde sus contemporáneos pasaban sin sospecha, presentía el filón de oro o plata de un problema que había que explorar. Lo advierte, lo olfatea, es el primero que se refiere a él, pero, con esta alegría de descubridor, queda en general agotado su interés impaciente, continúa su vagabundaje, y la auténtica extracción del tesoro, las molestias del excavar, cribar, explotar y aprovechar se las deja a sus sucesores. Aquí están sus fronteras: Erasmo (o por mejor decir, su magnífica vista cerebral) no hace más que ilumina los problemas, no los soluciona: su mundo es lo dilatado, no lo profundo.

Por ello, todo juicio sobre esta figura, notablemente moderna y al mismo tiempo extratemporal, será injusto, en cuanto sólo se tome como medida su obra y no también sus efectos. Pues Erasmo era un alma con muchas zonas superpuestas, un conglomerado de las más diversas aptitudes, una suma, pero no una unidad. Audaz y acobardado, avanzando con fuerza y no obstante indeciso en el último golpe, luchador en su espíritu y amante de la paz con su corazón, soberbio como literato y profundamente humilde como hombre, escéptico e idealista, enlaza en sí, en una mezcla poco uniforme, todos los opuestos elementos. Erudito de una laboriosidad de abeja y teólogo de un libre espíritu, severo crítico de su tiempo y suave pedagogo, poeta algo seco y brillante autor de cartas, satírico feroz y delicado apóstol de toda la humanidad... todo esto encuentra, al mismo tiempo, espacio en este dilatado espíritu, sin combatirse ni aplastarse, pues el talento de sus talentos, el reunir lo contradictorio, resolver las oposiciones, no sólo encontró aplicación en su vida exterior sino también dentro de su propia piel. Mas de tal pluralidad no puede naturalmente resultar ningún efecto unitario, y lo que llamamos la substancia del erasmismo, las ideas erásmicas, sólo con sus sucesores, gracias a una forma de expresión más concentrada, llegaron a efectos de penetración que con Erasmo mismo no habían alcanzado. La Reforma alemana y el Siglo de las luces, la libre investigación de la Biblia, y, por otra parte, las sátiras de un Rabelais o un Swift, las ideas europeas y el moderno humanismo... todo esto son pensamientos nacidos de su pensamiento, pero no de su propia acción; en todas partes, dió el primer empuje, en todas partes puso en circulación los problemas, pero en todas partes los movimientos fueron más allá de lo que él mismo había ido. Raramente los caracteres comprensivos son también los que ejecutan, porque la amplitud de visión paraliza la fuerza de ataque: "Pocas veces", como dice Lutero, "empréndese una buena obra por sabiduría y previsión; todo tiene que proceder del desconocimiento". Erasmo era la luz de su siglo, otros eran su fuerza: él alumbraba el camino, otros sabían marchar por él, mientras él mismo permanecía en la sombra, como siempre ocurre con la fuente de la luz. Pero el que señala la vía hacia lo nuevo no es menos digno de veneración que el que por primera vez la recorre; también los que actúan en lo invisible realizan su hazaña.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Poncios y Panzas

Por *MIGUEL DE UNAMUNO*

= De *Ahora*. Madrid =

En estos últimos días en que por parte de diversos comentadores de la cosa pública se ha tratado del surtido de gobernadores de que puede disponer el gobierno del nuevo régimen y de su nuevo estilo me he encontrado releyendo nuestro Libro. Quiero decir el "Quijote". Y cuando se discutía a algunos del surtido—o equipo si se quiere—repasaba el relato cervantino de la carrera de Sancho Panza como gobernador de la Insula Barataria. Y aunque sea harto conocido de los más de nuestros lectores —digo, me parece...— no estará de más refrescarles la memoria española.

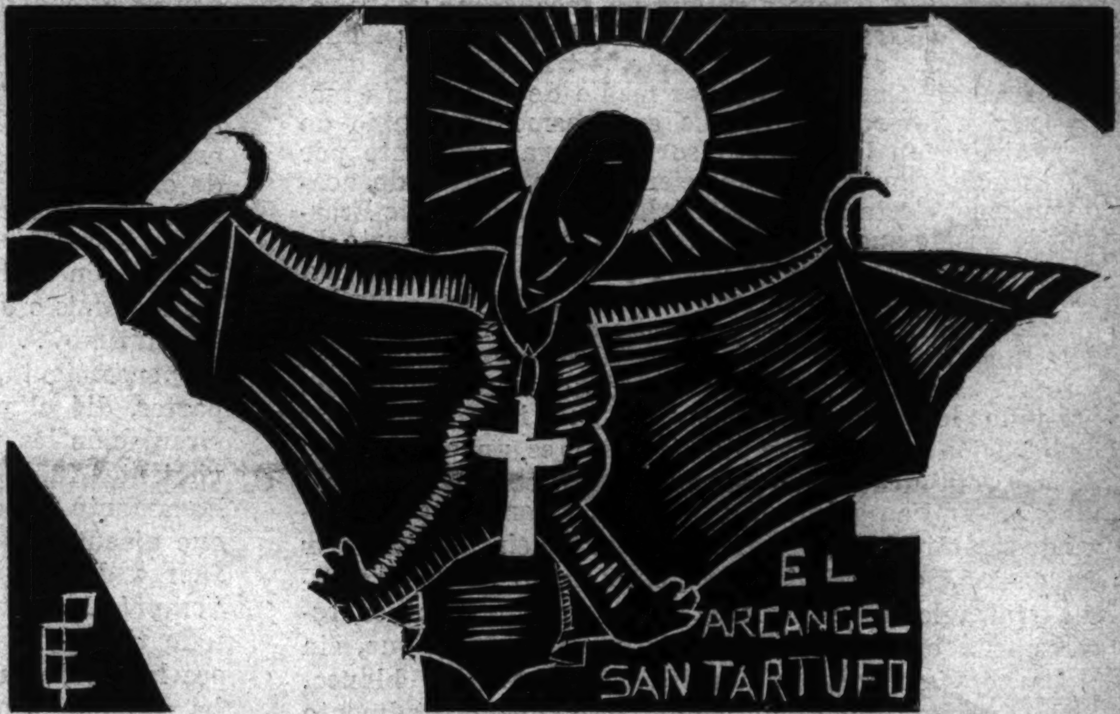
Recordemos cuando Teresa Panza, "fuerte, tiesa, nervuda y avellanada", al saber por carta de la Duquesa, como si dijéramos la Ministra, que a su marido se le había hecho gobernador, se puso a bailar ante el cura y Sansón Carrasco, diciendo: "¡A fee que agora no hay pariente pobre! ¡Gobiernito tenemos! ¡No, si no tómese conmigo la más pintada hidalga; que yo la pondré como nueva!" Y como la Duquesa—perdón, la ex-Duquesa —decía a la señora Teresa "que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo".

Salió Sancho con tan buena fama del gobierno de su ínsula que "hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza", dice el Libro. De seguro que no se guardará tanto nuestra moza Constitución, que en cuanto a observarse... Y si aquellas Constituciones quedaron firmes aun salidas de la mollera sosa de un aldeano de quien su mujer—la del "¡Gobiernito tenemos!"—decía que en el pueblo le tenían todos "por un porro, y que sacado de gobernar un hato de cabras no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno", debióse ello a las instrucciones que le dió su señor Don Quijote, entre las que sobresale aquella de: "No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen..." Que es lo de San Felipe de Neri de: "si quieres que te obedezcan, manda poco". En lo que no anduvo acertado Don Quijote fué en soltarle un latín añadiendo: "Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido". Si algunos gobernadores de nuestras ínsulas hubiesen aprendido bien, no digo latín, sino castellano, se habrían ahorrado algunas multas, de esas de defensa. Porque las ha habido que son una vergüenza para la mentalidad de los que las han impuesto. Y esto llega más arriba que a los gobernadores.

Y ahora se nos ocurre aquí una cosa y es cómo siendo, o por lo menos debiendo ser tan conocida en España la gobernación famosa de Sancho Panza, nunca se les ha llamado—o motejado según los maliciosos—Panzas a los gobernadores y sí, en cambio, Poncios. Y la verdad, entre ser motejado de Poncio o de Panza, el escogimiento no es dudoso. Y no es que Poncio Pilatos, aunque letrado y buen latino—y no menos ladino—no tuviese bastante de Sanchopancesco, que era socarrón y suspicaz. Buena prueba es de ello cuando después de haber preguntado al Cristo: "¿qué es la verdad?" le volvió la espalda sin esperar respuesta y se lavó las manos. Que Sancho se resistió a que le lavasen las barbas y Pilatos se lavó las manos. Pilatos servía al César, a quien hay que dar lo suyo, y cuando el populacho pedía sangre, tragedia, no contento con la farsa del "Ecce Homo", cedía al populacho encogiéndose de hombros y después de declarar que no encontraba culpa en aquel Hombre. Pero gobernar, dicen, es transigir y hay que echar carne a las fieras. Triste cosa sería que por no saber transigir a tiempo con el populacho enfurecido, como hizo Poncio, se encontraran un día los Panzas con que tenían que darse de zurriagazos para desencantar a la República, como tuvo que dárselos Sancho para desencantar a Dulcinea del Toboso.

Y dejándonos de estas comparaciones, que todas dicen que son odiosas, y de si este o aquel gobernador merece que le llamen Poncio o Panza—o acaso Poncio Panza—, el caso es que la dificultad que hallaba la ex-Duquesa seguirá mientras se haya de acudir para nombrarlos a ciudadanos que vivan de su profesión y oficio y no quieran hacerlo de la política, mientras haya que acudir a matriculados en partidos políticos. El político de carrera—electorero ante todo—es la inevitable plaga de toda democracia y es muy preferible el burócrata para ciertos cargos. Entre ellos el de gobernador.

En aquellos tiempos del que algunos cándidos llaman ya antiguo régimen—¡vaya una idea de la antigüedad!—había dos equipos o surtidos de gobernadores—algunos Poncios, pero muchos más Panzas—que por lo general sólo se preocupaban de hacer el número de años de servicio que les valiese para mejorar de jubilación, los dos equipos turnantes. Y los había avezados al oficio y al tanto de todas las maturrangas de él.



Madera de *Emilia Prieto*

Se decía que iban consignados al cacique, pero esto es menos grave que ir consignados a un cacicato colectivo, a un grupo de intrigantes y mandantes. Porque eso de que se haya acabado el caciquismo es una candidez tan grande como la de la antigüedad de que os decía. El régimen aquel es viejo, pero ¿antiguo? ¡qué va...! Como tampoco joven es lo mismo que moderno. No hay que confundir las especies.

El que esto os dice tuvo algo que ver con un Panza francés, con un prefecto—y luego con un sub-prefecto—y pudo apreciar las ventajas de que un gobernador lo sea de carrera, un burócrata al que no se le pide credo político, y menos de partido, si no que se atenga a la ley. El cual tiene siempre presente que puede cambiar el Gobierno. Pero lo peor de todo es que en un Gobierno de mescolanza—esto es, mestizo—haya partido que rehuse dar gobernadores, lo cual es una forma de colaboración desleal. Ni más ni menos.

Imp. La Tribuna